WASHINGTON BELTRAN



DE ACTUALIDAD



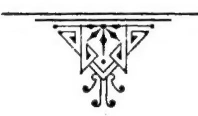
POLÌTICA

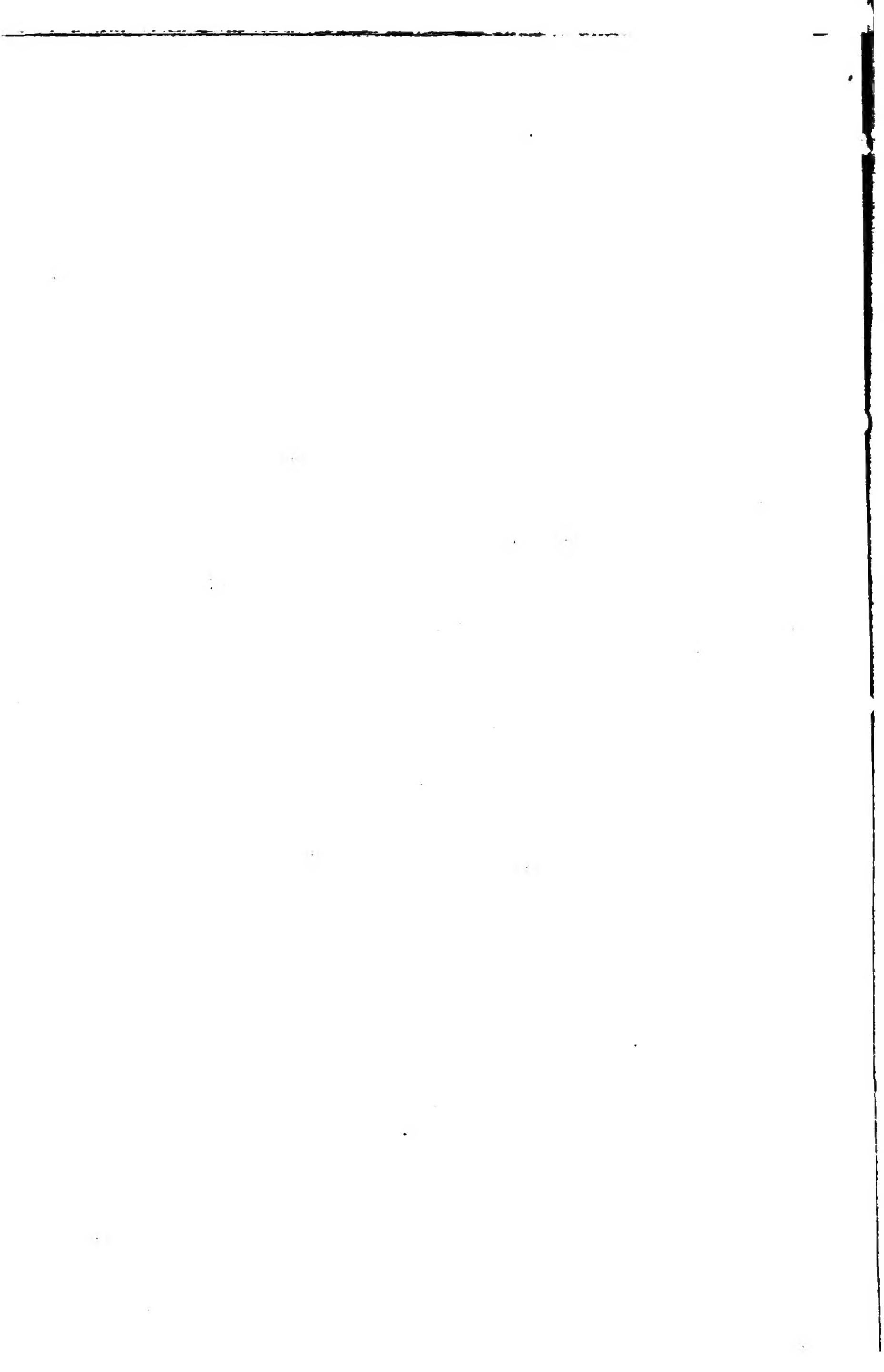
La reelección del Sr. Batlle es subversiva.—Polémica con "El Siglo".—El caso Mac-Eachen.—Actitud de la juventud universitaria frente al problema presidencial. —El suicidio de la abstención.—La ruta á seguir. :—: :—: :—: :—: :—: :—: :—:

MONTEVIDEO
1910

Porque el Partido Nacional es opuesto á la reelección

Principios, no rencores. - Subversión republicana







Principios, no rencores

La prensa oficialista, en editoriales y en sueltos, lo mismo que jóvenes oradores que defienden á la situación, en discursos recientemente publicados, afirman que el partido nacional se muestra contrario á la reelección, obedeciendo á viejos rencores y no á los móviles elevados que deben agitar á toda agrupación política.

Cumpliendo lo prometido ayer, vamos á evidenciar que, somos contrarios á esa reelección, no por rencores, sino por principios. Fácil nos será hacer una demostración clara como la luz del día, desde que la razón de nuestra causa, nos prodiga irrebatibles argumentos para defenderla.

Es ingenua y hasta infantil, esa extrañeza del oficialismo sobre la actitud asumida por el partido nacional en masa, frente á la candidatura del señor Batlle. Semejante actitud, es la única altiva y digna que puede adoptar delante de esa subversión, una colectividad como la nuestra, cuya alma ha sido forjada en la fragua ardiente de los principios republicanos.

Se combate al señor Batlle, por dos razones poderosas: una, porque él encarna todo un sistema político que proclama la tremenda aberración democrática del gobierno del país por determinada

agrupación. Es esta una teoría absoluta, intransigente, fecunda en revoluciones y en desventuras. Si no fuera bastante la dolorosa enseñanza de nuestros infortunios, ahí está la ciencia del derecho, en unánime armonía, que considera como monstruosidad sin nombre, eso de hablar de gobierno del país por un determinado bando, en una sociedad como la nuestra, donde se ha cerrado por las buenas y por las malas, la rotación de los partidos en el poder. Proclamar el gobierno de partido, es negar nuestra democracia; es convertir en miserable parodia el sistema representativo de la nación.

Y bien: no es de extrañar que combatamos al señor Batlle, desde que él encarna en nuestro medio ese sistema. Atacar á una idea en abstracto, no tiene razón de ser; atacamos á esas ideas cuando se encarnan en un hombre que, al representarlas, trata de ponerlas en acción, de hacerlas triunfar en la República.

Los batllistas y los nacionalistas, estamos en las antípodas. Los batllistas creen que se debe gobernar por el partido colorado, ó mejor dicho, por su círculo; los nacionalistas piensan que la República es patrimonio de todos los orientales y que el gobierno debe ser nacional; los batllistas tratan de convertir al país en campamento y de asegurar las dominaciones personales por medio de soldados y cañones; los nacionalistas afirman que la paz estable sólo será verdad cuando nos aproximemos á las prácticas republicanas, al juego armónico de la vida institucional; los batllistas niegan con malas leyes electorales, y con prácticas tan malas como esas leyes, la representación que en el parlamento deben tener los diversos núcleos

de la opinión pública; los nacionalistas defienden el sistema proporcional, único capaz de conceder representación á todas las fuerzas sanas que dan nervio y vida al organismo de la nación; los batllistas opinan que los empleos deben ser prebendas con que se recompensa la amistad ó las afinidades políticas; los nacionalistas, por el contrario, luchan para que ellos se concedan, sin distinción de cintillos, teniendo sólo en cuenta la experiencia, el talento y la virtud; los batllistas sostienen que el ejército debe ser colorado; los nacionalistas piensan, que una institución, paga por los dineros del pueblo, debe ser genuinamente nacional.

Estamos pues, los unos y los otros, en polos opuestos. Y el abismo que nos separa, no es un foso de odios ni de rencores: es el profundo abismo de las ideas contrarias.

Combatimos al señor Batlle, por la sencilla razón de que él encarna esas ideas, de que él es jefe de ese círculo que tiene programa político tan funesto para la estable paz que anhela el pueblo uruguayo.

Y al combatirlo, lo hacemos, no por meras presunciones, sino porque esas ideas están abonadas por la experiencia dolorosa de hechos pasados.

Todos piensan con espanto, la época triste de su gobierno, en que por dos veces los orientales vieron á la patria encendida por los cuatro costados con los fuegos de la guerra civil. En vano su círculo ha tratado de justificarlo, diciendo que esas soluciones desesperadas fueron impuestas por la necesidad de aniquilar los caudillos, de abolir para siempre los feudos nacionalistas. Razones á puñados tenemos para combatir ese argumento in-

subsistente. Pero admitamos por un instante la verdad del alegato batllista. Aún así, colocados en ese terreno conveniente, no podrán explicar la conducta del señor Batlle, el régimen político que implantó después de terminada la guerra civil de 1904. Pudo ser un patriota y se reveló solo un hombre de intemperancias, de odios y de pasiones. El Partido Nacional había sufrido en la contienda un doloroso contraste; ya no existían los llamados feudos; el glorioso caudillo estaba muerto; los hogares enlutados por la tragedia pedían una política de clemencia para borrar el abismo que dividía á los hermanos de un mismo país; los espíritus de los combatientes, reclamaban nna acción generosa, que aplacase las pasiones de la porfiada brega...

Batlle estaba triunfante, y cerrando las puertas al clamor del patriotismo, convirtió á la victoria en instrumento de venganza. Sus primeras medidas fueron torturar la ley electoral, acorralar á nuestro partido vencido, quitarle con esas modificaciones toda esperanza á la lucha cívica, como si quisiera indicarle que no había nada que esperar por los medios tranquilos de la paz. Su órgano en la prensa siguió la prédica del insulto, y día y día, en sus editoriales, en sus sueltos, se atacaba con rencor profundo á todo el partido nacional, á nuestras primeras personalidades, á los viejos veteranos de la causa cien veces sacrificados con abnegado estoicismo, en aras de sus convicciones ciudadanas.

El país quebrantado por un año de recio batallar; exhaustas las finanzas; talados los campos; destruídos puentes y alcantarillas; aniquiladas las haciendas; mermadas todas las fuentes de rique-

za pública, pedía á grito herido una política generosa, clemente, patriótica, de reconstitución nacional.

Batlle, desoyó el clamor. Inauguró la política en favor de sus amigos; la política del odio para sus enemigos. El camino que debía seguir después de la victoria era uno solo: reconstituir. En cambio creyó que su deber era otro: aniquilar!

Esas son las ideas que el partido nacional y el país entero canoce del candidato. Las considera equivocadas; está persuadido de que son funestas; no hay pues que extrañarse porque se le combata.

Dicen sus amigos que el medio europeo ha suavizado sus pasiones, le ha hecho concebir nuevos horizontes. Son simples díceres. Lo cierto, lo evidente, lo real, es que la tendencia batllista en el país, sigue hoy la misma política intemperante y estrecha de ayer.

El Siglo, cuyas debilidades de última hora por el batllismo, son bien conocidas, decía con razón que « si el señor Batlle, no ha aprendido en Europa nada más que á gobernar el país con cañones y soldados, sería una insensatéz traerlo al gobierno ».

Y bien: la tendencia batllista con su política y sus procederes, sólo hace creer que el jefe del círculo sigue hoy sosteniendo las mismas ideas de ayer.

Mañana, escribiremos otro artículo, para dar la segunda razón que tiene todo partido de médula republicana, en oponerse á esa reelección.

En el, concluiremos de demostrar que al combatirlo, lo hacemos no por rencores, sino por principios, en defensa de los cuales consagraremos las energías de nuestra vida toda.

(**Editorial de *La Democracia,* Marzo 2 de 1910.**)

La otra razón

Ayer dijimos que combatíamos á la candidatura del señor Batlle, no por rencores, sino por principios. Expresamos que dos razones poderosas movían nuestra oposición: una de ellas, explicada ampliamente en nuestro anterior editorial, se refiere á que, siendo contrarios al sistema del gobierno de partido, tenemos lógicamente que combatir al hombre que encarna ese régimen, semillero fecundo de infortunios y dolores.

La segunda razón que mueve nuestra propaganda en ese sentido, es una fundamental cuestión de esencia republicana, cuya causa está obligada á defender con altiva entereza, una colectividad como la nuestra, de médula genuinamente principista.

La reelección del señor Batlle, en el caso improbable y lejano aún de que se llegue á verificar, importaría una subversión democrática tan intensa, que echaría por tierra todos los fundamentos más sólidos en que se cimenta el régimen republicano de nuestro país.

Pasma y asombra, que espíritus evidentemente equilibrados, planteen la cuestión diciendo que la Constitución de la República, no prohibe las reelecciones presidenciales. Ese es un problema puramente teórico que no hay interés alguno en discutir. El problema debe estudiarse, no en el campo de la ciencia Constitucional en abstracto, sino lo que pasa en la palmaria realidad de los hechos.

Sostenemos que esa reelección importaría una

profunda subversión democrática. Vamos pues á probarlo, con argumentos decisivos.

Para ello, es necesario echar una mirada retrospectiva hacia varios años atrás. Quince meses antes de bajar de la presidencia, el señor Batlle, usando de todos los resortes de que dispone siempre el jefe del Poder Ejecutivo, impuso como sucesor al doctor Williman. El hecho en sí, era el más deplorable ejemplo que se podía dar al civismo uruguayo. La altivez ciudadana, recuerda aún con amarga tristeza, el espectáculo dado por la Cámara de entonces, en que obedeciéndose á una consigna presidencial, se firman compromisos, se amordaza la conciencia, se ata la voluntad, para votar por el candidato que el señor Batlle quiere dejar en su lugar.

Sube el doctor Williman al poder, en medio de las patrióticas esperanzas que el pueblo entero cifra en el nuevo jefe del Estado. La oposición trata de desbrozarle el camino; de limarle asperezas; de marcarle la senda de las efusiones tan anheladas por la República entera. Se desoye el clamor, y lo cierto, lo evidente, lo real, es que el doctor Williman, hasta en los actuales momentos, continúa sin separarse ni un ápice de la política trazada por su antecesor.

Y no es esto solo. Todo el andamiaje está construído de la misma manera que lo edificara el señar Batlle. No se ha cambiado ni á un solo comisario de campaña; no se ha tocado ni á un solo oficial de la última urbana del país. Batlle, al bajar de la presidencia, al imponer su sucesor, dejó montada la máquina para la reelección. Williman, no obstante las exigencias razonadas y justas de la oposición, ha mantenido intacta esa

máquina destinada á actuar de manera poderosa en la próxima elección presidencial.

Ahí está pues, la profunda subversión de principios que anotamos. Aceptarla, sería dar patente legal á esos procedimientos que son la negación de una democracia. ¿No es acaso una aberración sin nombre, eso que un presidente de la República, imponga su sucesor, y éste, por gratitud ó por consecuencia mal entendida, le conserve intacto todo el armazón político que aquel deja montado, permitiéndole que se valga de él, para conseguir la reelección?

¿No es este el más funesto ejemplo que puede darse en estas sociedades nuevas, donde la enseñanza será acaso aprovechada por los presidentes venideros, haciendo que sobre el país graviten las perspectivas de las reelecciones sin fin, la amenaza del peligro mexicano?

El hecho de que un ciudadano que estuvo en la presidencia, vuelva á ocuparla, en si, no implica subversión alguna. Pero bien entendido, siempre que esa reelección, sea por sus cabales, impuesta por el pueblo como lo fué en Norte América la del presidente Cleveland.

Cleveland fué reelecto, pero frente á frente al presidente Harrison, que trataba de hacer pesar toda su influencia para impedir esa reelección. Semejante acto es un bello exponente de los prestigios del ciudadano triunfante, ungido por la sola fuerza de la voluntad del pueblo.

Pero lo subversivo, lo anti-republicano, lo funesto, es que el señor Batlle obtenga la reelección, apoyado por el mismo ciudadano que si es Presidente de la República, es debido á la exclusiva voluntad de aquel.

Ahí está pues explicada nuestra conducta. Oyéndose estas razones, se verá si combatimos á esa reelección por rencores ó por principios fundamentales, á los cuales el partido nacional, no puede de ninguna manera traicionar.

(Editorial de *La Democracia,* Marzo 3 de 1910.)

No hay tal subversión

(Contestación de EL SIGLO)

Nuestro artículo de ayer definió bien claramente la actitud que asumimos en los preliminares de la lucha presidencial. Dicho está que no somos batllistas ni siquiera «ralliés» á esa entidad política. No estamos afiliados á la candidatura del señor Batlle y Ordóñez ni á ninguna otra. Nuestra propaganda, solidaria en ésto de la que hemos seguido en todo terreno, tiene por objetivo único, en los actuales momentos, conseguir que la crisis de Marzo de 1911 sea planteada en el terreno legal, y resuelta en plena paz, acatándose por todos los partidos la solución que surja de las urnas. Es la obra de apaciguamiento, de moderación y de templanza, que fué objeto siempre de nuestros esfuerzos periodísticos, concretada en éste caso al problema presidencial. Esa obra, en determinados momentos, podrá favorecer al señor Batlle y Ordóñez, como podrá perjudicarlo en otros, sin que perjudicarlo ni favorecerlo sea, hoy por hoy, el propósito que anima nuestro espíritu, inspirado tan solo en el deseo de servir los más altos intereses nacionales.

Ese mismo deseo nos conduce á tomar en cuenta una objeción de principios, opuesta en estos días contra la candidatura del señor Batlle y Ordoñez, objeción errónea, que saca la cuestión, en nuestro concepto, de sus verdaderos términos, y cerraría, si lograra prevalecer, todo acceso á una

conciliación patriótica con aquel compatriota y aún con el círculo político que lo acompaña — ya que aquella podría ser aplicada sin esfuerzo á cualquiera de sus partidarios que surgiera más adelante como candidato de transación. Según *La Democracia*, la reelección del señor Batlle y Ordóñez, constituiría una repugnante subversión contrariando el precepto constitucional que prohibe se haga de la República patrimonio de persona ni de familia alguna. El apreciable colega entiende que si el señor Batlle y Ordóñez, después de cuatro años de alejamiento del país y del mando, alcanzara nuevamente la primera magistratura, podría considerarse la República como patrimonio suyo, desde que el doctor Williman, habría sido un simple depositario del poder público, que lo devolvería sumisamente á su propietario legítimo el 1.° de Marzo del año próximo. La objeción es interesantísima y no será tiempo perdido el que dedicaremos á examinarla.

Saben, los inteligentes é ilustrados jóvenes que redactan hoy *La Democracia* que ni como profesores ni como periodistas nos caracterizamos por un criterio demasiado estrecho y apegado á los textos, para interpretar los preceptos constitucionales. No nos verán, pues, aferrarnos á la letra de la Constitución, para sostener, que no estando prohibida por ésta sino la reelección inmediata de un ciudadano para la presidencia de la República, el señor Batlle y Ordóñez puede, constitucionalmente, ser reelecto, cuatro años después de terminado su primer mandato. Reconocemos que, á pesar de lo dicho, si el doctor Williman hubiera gobernado bajo la tutela de su antecesor y si la reelección de éste fuera im-

puesta por el doctor Williman, existiría la subversión denunciada y sería el caso de invocar contra la candidatura Batlle el artículo 3.° de la Constitución. Es indispensable, de consiguiente, para resolver el punto investigar si los extremos enunciados son verdaderos ó, por el contrario, no pasan de simples invenciones.

Que el doctor Williman no ha sufrido coacción alguna durante su gobierno, por parte del señor Batlle y Ordóñez, es algo que no sugiere la menor duda. Retirado á Europa, el ex-presidente ha visto á su sucesor contrariar muchas de sus iniciativas y reaccionar contra tendencias fundamentales de su acción gubernativa. El señor Batlle y Ordóñez se mostraba convencido de que la ley electoral de Octubre de 1904, uno de los actos censurables de su vida pública, no podía ni debía sufrir alteración alguna. Lo sostuvo en su diario haciéndonos el honor de polemizar con nosotros, y lo decían sus amigos á quien quería oírlo. Pues el doctor Williman patrocinó una primera reforma electoral y patrocina hoy la segunda.—Cuando el doctor Williman organizó su ministerio los mismos que hoy dicen que ha sido un simple ejecutor de las órdenes del señor Batlle, afirmaron que era éste quien había designado los ministros. ¿Qué queda del gabinete primitivo? El primero en renunciar fué el doctor Varela Acevedo, íntimo amigo del ex secretario del señor Batlle, sindicado como ninguno para representarlo en el gobierno. El doctor Gabriel Terra y el doctor Guillot renunciaron también. Y en cuanto á la designación de nuevos ministros nadie puede creer que fuera insinuada por el señor Batlle y Ordóñez la del doctor Espalter, personaje que nunca fué muy grato al batllismo

ni la del señor Bachini en quien era fácil ver una influencia política muy capaz de contrariar la del ex-gobernante, y un candidato muy probable á la futura presidencia.—El señor Batlle y Ordóñez permitió la entrada al país á todos los agitadores anarquistas, llegando hasta dar pasaje gratuito de regreso á Montevideo á uno rechazado equivocadamente. Pues el doctor Williman cierra herméticamente las puertas del país á esos elementos contra un precepto expreso de la Constitución.—El señor Batlle y Ordóñez llevó á extremos condenables la protección al derecho de huelga en cuanto alguna vez no supo dispensar protección equivalente al derecho al trabajo. Pues el doctor Williman se ha caracterizado por una reacción decidida contra esa tendencia, como pudo comprobarse en la célebre huelga de los ferrocarriles ¿A qué seguir? Los ejemplos señalados bastan y sobran para demostrar que no ha existido por parte del doctor Williman la sumisión á los mandatos del señor Batlle y Ordóñez que muchos le atribuyen; y que por mucho más cerca de la verdad están los que afirman que es el batllismo el que por razones políticas se inclinó ante la voluntad del actual presidente, silenciando muchos actos importantes, radicalmente opuestos á la orientación gubernativa del señor Batlle y Ordóñez.

Queda por explicar el segundo extremo á que nos referimos anteriormente: si el señor Batlle y Ordóñez cuenta con tantas probabilidades de triunfo en la lucha presidencial porque el doctor Williman imponga su candidatura. He aquí algo que no se puede sostener con sinceridad. El señor Batlle y Ordóñez está cerca del triunfo por-

que todos los resortes políticos eficientes continúan en manos de sus partidarios. No necesita del concurso del doctor Williman para la lucha presidencial: le basta y le sobra con que el doctor Williman no le declare la guerra, en cuyo caso peligraría muy seriamente su candidatura. No puede mirársele, pues, como un candidato impuesto por el actual presidente, sino cuando más como un candidato simpático á éste. ¿Se le podría recusar por ello? Sería curiosísimo, resultando de ahí que un presidente de la República inhabilitaría á cualquier ciudadano para sustituirlo con solo demostrarle buena voluntad. Raro es que de los radicalismos extremos no lleven directamente á estos absurdos!

Júzguese con la severidad que se quiera al señor Batlle y Ordóñez; lúchese contra su candidatura; promuévase un gran movimiento de opinión en torno de un candidato superior; pero no se pretenda señalar su reelección como una indignidad cívica ni como una subversión constitucional, porque desde tal punto de vista ella es invulnerable. Agregaremos de paso que muy probablemente si el doctor Williman, echara todo el peso de su autoridad en la balanza para sostener otra candidatura, no se experimentarían los mismos ascos, tan cierto es que la pasión política, no por sincera menos cegadora sinó tanto más cegadora cuánto más sincera, suele ver montañas dónde no hay más que nubes y no ver más que nubes dónde hay montañas. Recordemos, sin forzar mucho la memoria, que las personalidades más eminentes del partido nacional, en la lucha presidencial de 1903, saltaron un buen día de la candidatura del doctor Juan Carlos Blanco, á la

de don Eduardo Mac-Eachen, candidato impuesto por el Presidente Cuestas, proclamado ruidosamente como solución única del problema nada menos que por *La Nación*.

(Editorial de *El Siglo*, Marzo 6 de 1910).

Hay subversión

(NUESTRA RÉPLICA)

Confesamos francamente que en cualquier otra situación que la actual, mucho temeríamos entrar en polémica con *El Siglo*. Siempre hemos admirado la lógica de acero y la rara habilidad que para la controversia tiene nuestro ilustre contendor. Pero confesamos también con idéntica franqueza que, á pesar del talento vigoroso del distinguido contrincante, entramos á este debate con la plena seguridad de que *El Siglo* sufrirá fuerte derrota. No es de extrañarse: siempre los sofismas han caido por tierra ante la luz meridiana de la verdad.

Ante todo, se esfuerza el ilustrado colega en demostrar que su actitud frente al problema presidencial del año próximo, responde al ánimo exclusivo de mantener la paz, tan anhelada por la República entera. Ni por un momento dudamos de su noble intención. Lo que sí, ha tomado para llegar á ese fin el peor de los caminos: querer tapar el cielo con un arnero. No se mantiene la paz negando la evidencia; diciendo no hay subversión allí donde ella resulta de abrumadora claridad. Acaso la tranquila solución del problema presidencial del año próximo, resulta de que se le hable á la nación con el lenguaje de todas las franquezas. La reelección del señor Batlle implica una profunda subversión de principios republicanos: es pues, de patriotas, señalar al país ese in-

tenso peligro, á fin de que se coaliguen todas las fuerzas sanas para conjurarlo.

El Siglo refuta este aserto, descansando toda su argumentación sobre esta premisa: «que el doctor Williman no ha sufrido coacción alguna por parte del señor Batlle. Que el actual Presidente ha contrariado tendencias fundamentales de su antecesor en la acción gubernativa».

Nunca más cierto que ahora el adagio popular de que es común ver la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio. Tanto protestar *El Siglo*, contra los sofismas para venir á caer á la postre en un sofisma tan deleznable que no es necesario tocarlo para que se caiga.

Es absolutamente inexacto — y por eso resulta la funesta subversión — que el doctor Williman, haya modificado en lo fundamental el andamiaje político que el señor Batlle dejó al bajar de la presidencia, el mismo andamiaje de que intenta éste servirse para conseguir la reelección.

Tres años lleva el doctor Williman de presidencia y en ese largo lapso de tiempo, lo único que encuentra el director de *El Siglo*, para probar su tesis, es que se ha hecho una reforma precaria de la ley electoral; que no se ha dejado entrar á algunos anarquistas; que el doctor Guillot, abandonó el Ministerio del Interior para ocupar la Fiscalía de Corte; que fué sustituído por el doctor Espalter; la renuncia bomba de la cartera de Relaciones por el doctor Jacobo Varela, y... nada más en la larga enumeración parecida á aquella extensa revista que el «estudiante de Salamanca pasa de su ropa blanca» encontrando como todo bagaje un escarpín incompleto.

Al hacer esta enumeración el mismo *Siglo* ha derrotado su tesis. Aquella demuestra que lo cambiado por el doctor Williman, son los detalles, los simples ornatos del andamiaje construido por su antecesor. En lo fundamental, nada se ha tocado. Lo concerniente á materia política, ha quedado tal como lo dejó el señor Batlle al bajar del poder, mereciendo todo ello un santo respeto por parte del doctor Williman. Se ha modificado lo accesorio, pero lo esencial permanece intacto. La ley electoral que cita el colega, ha sido alterada con un criterio que dista mucho de ser racional. Todavía apesar *de tener las leyes más liberales del mundo*, al decir de *El Día*, asistimos á esta aberración: que la mayoría, con la mitad más uno de votos, se llevan los tres cuartos, en tanto que la minoría, con la mitad menos uno, solo obtiene el cuarto de representantes.

En cuanto á la salida de los dos ó tres ministros, ello, en nada ha transformado la situación, pues solo han sido cambios de personas por otras personas. El ministerio continúa siendo un engendro de círculo, sin que se haya dado sanción al clamor de la República, que exige un ministerio de opinión.

Es imposible sostener lo insostenible. De ahí que la dialéctica de *El Siglo* ofrezca fallas evidentes: el propio colega se contradice.

Hace esta preciosa confesión: « El señor Batlle y Ordóñez está cerca del triunfo, porque *todos los resortes políticos eficientes, continúan en manos de sus partidarios* ».

Precisamente, es eso lo que decimos. Ahí está la profunda, la desconsoladora subversión. Batlle

bajó de la presidencia dejando montada toda una máquina política, cuyo engranaje, cuyos resortes más insignificantes quedaron en manos de sus partidarios. Y ese engranaje, permanece hoy idéntico que hace tres años, y apoyándose en él, intenta conseguir su reelección.

¿Cuáles son esos resortes eficientes de que habla el colega y que hasta hoy permanecen en manos del batllismo? Es el ejército, fecunda incumbadora de pseudos cabos y sargentos, institución donde no se ha removido ni al último oficial; son los jefes políticos, que continúan al frente de los departamentos, ocupando los mismos cargos para los cuales fueron designados por el ex-presidente; son los comisarios, encargados de hacer que los guardias civiles, se conviertan en falsos ciudadanos y depositen sus votos en las urnas.

No negamos que el señor Batlle tenga algún prestigio en su partido político, que cuente con centros seccionales, con el Club Vida Nueva. Pero todo ello no forma más que la bandalisa, como diría cáusticamente Angel Floro Costa. Con esos partidarios, con esos centros, con ese club, la reelección de Batlle es imposible. Su fuerza está precisamente en el calor oficial que le presta Williman, que si es presidente de la República es por la exclusiva voluntad de aquel; en que el ejército, las policías, los jefes políticos, las comisarías, todo ese engranaje que — según muchas veces en cátedra lo hemos oído decir por el propio doctor Ramírez — es en nuestro país factor decisivo de elecciones, está en manos del batllismo, respetado como cosa sagrada por el doctor Williman.

El director de *El Siglo*, con esta acalorada

defensa que hace de la reelección, mucho debe haber ganado en las alturas. Si él se compromete, con su influencia que en estos instantes debe ser valiosa, á que el doctor Williman neutralice todas esas fuerzas, las someta á la inacción y deje que los ciudadanos solos libren las batallas del comicio, nosotros seremos los primeros en proclamar que no hay subversión.

Pero mientras continúen las cosas como están, un alto deber de patriotismo, al cual no podemos traicionar, nos obliga á señalar el peligro de esa tremenda aberración democrática, que convertiría en miserable parodia la forma republicana de nuestro país.

Es así, diciendo la verdad, como se sirve á la causa de la paz, como se defiende la suerte de la patria.

(Editorial de *La Democracia*, Marzo 7 de 1910).

La subversión imaginaria

(DÚPLICA DE EL SIGLO)

El último atrincheramiento del diario nacionalista, en lo relativo á la subordinación del gobierno del doctor Williman al señor Batlle y Ordóñez, consiste en decir que la independencia de aquél se ha revelado tan solo en la cuestión obrera y religiosa, pero no en la cuestión política. El hecho no es absolutamente verdadero, puesto que el actual presidente reaccionó desde un principio contra el «noli me tangere» impreso por el señor Batlle y Ordóñez en la reforma electoral, materia esencialmente política; ejecutó una primera reforma y patrocina hoy la segunda, tan tímida como se quiera, pero de una audacia rayana en la locura, si se la considera fruto de la resolución de un hombre subordinado á voluntades adversas á tal determinación. El hecho no es exacto en absoluto, hemos dicho, lo que importa reconocer que, en lo fundamental, no hay diferencia entre la orientación política de los gobernantes que se han sucedido en los últimos siete años.

Esto, para nosotros, es muy lamentable y censurable. Repetidas veces hemos aconsejado al doctor Williman que rompiera decididamente con la política seguida por su antecesor, atenuada, no proscripta por él, de manera que si la prédica de *La Democracia* tuviera por objeto convencernos de que, á ese respecto la gestión al actual

Presidente merece críticas, el colega hubiera ganado la batalla sin disparar un tiro. Pero no es esto lo que se discute: no se trata de averiguar si la política del doctor Williman ha sido plenamente acertada, sino de averiguar si lo que para nosotros es un error, y en esto, á no hallarse el horizonte tan cargado de sombras, marcharíamos con el diario nacionalista «allégres, còte á còte et la main dans la main, — si lo que para nosotros es un error, puede considerarse como resultado de la coacción ejercida sobre el actual gobernante por su antesor. He aquí el nudo de la cuestión. Que el doctor Williman salido de las filas del círculo imperante, ministro de Gobierno del señor Batlle y Ordóñez, conserve su misma orientación política no tiene nada de particular, como no lo tiene que haya solidaridad entre la gestión de Combes, de Clemenceau y de Briand. No es necesario, para explicar el caso, recurrir á la hipótesis del sentimiento del doctor Williman á una voluntad extraña, y no existiendo esa necesidad ni citándose una prueba conveniente de tal sometimiento, invocarlo es proceder con lijereza, que casi tiene los caracteres de la malicia que, según la jerga de los códigos, merece nota de temeridad.

Los ilustrados redactores del colega, recordarán las páginas magistrales con que Dicey, en su Introducción al estudio del Derecho Constitucional, determina y clasifica las limitaciones á la autoridad. Todo gobernante, según él, sufre una limitación externa y otra interna: externa la que resulta de la influencia de la opinión pública ó sea de la convicción que tiene el que gobierna, de que saliendo de cierta esfera de acción no sería obedecido; interna

la que fluye del propio carácter del gobernante, de sus ideas, de su educación, de sus principios. Y el insigne constitucionalista explica la tésis con ejemplos muy ilustrativos: Luis XIV pudo revocar el edicto de Nantes, pero si hubiese pretendido establecer el protestantismo en su reino, habría caído bajo la resistencia invencible de sus súbditos, como cayó Jacobo II en Inglaterra, por haber querido imponer á su pueblo la religión católica: he aquí en acción la limitación externa de la autoridad. En cuanto á la interna, puede caracterizarse diciendo que aunque el Czar de Rusia tuviera plena libertad externa para dar á su país el grado más alto del gobierno libre, se lo impediría su propia idiosincracia, formada por la herencia de numerosas generaciones de autócratas bajo la influencia de una educación esencialmente autocrática. Y bien. ¿Qué es lo que ha impedido al doctor Williman romper en absoluto con la política de su antecesor? ¿Limitaciones externas? De ningún modo: el doctor Williman ha hecho y deshecho á su antojo en toda materia, sin que el batllismo se rebelara contra él. Lo que ha detenido su vuelo es la limitación interna, fruto de su estado de espíritu, de su modo de ser, de su solidaridad con el régimen existente. Y como las influencias externas de la prensa y de la opinión pública no han sido bastante poderosas para destruir las influencias internas, en cuanto á la orientación fundamental de la política, ese régimen ha continuado, aunque con serias atenuaciones, que menosprecia de una manera injusta el diario nacionalista. El doctor Williman no ha evolucionado en forma radical porque no lo ha querido. Llegó, en ese terreno, hasta donde creyó deber ir, y la responsabilidad de su error, falta, ó como se le quiera llamar, á él y no á otras voluntades corresponde por entero.

Quedamos por examinar la segunda faz del asunto, es decir, la afirmación de que el actual presidente impone la candidatura del señor Batlle y Ordóñez. Fuera de la contradicción estupenda que hay en pintar al doctor Williman como un tipo sin voluntad y sin caracter, para atribuirle después la imposición de un candidato á sangre y fuego, una lijera observación del escenario público destruye la última concepción. El señor Batlle y Ordóñez, hemos dicho, se halla próximo al triunfo no porque lo imponga el actual presidente, sinó porque los resortes eficientes de la política oficial continúan en manos de sus partidarios. Esta es una verdad que nadie pone en duda; pero, con el objeto de destruir sus consecuencias lógicas, se dice que, precisamente, de ahí se deduce que el doctor Williman impone la candidatura del señor Batlle y Ordóñez, pues, en caso contrario, habrían modificado tal estado de cosas.

El argumento es falso. Si el doctor Williman hubiera creado el sistema, y más todavía, si lo hubiera creado en vísperas de la lucha presidencial, podría tener algún valor. No siendo así, falla la premisa, y falla, por lo mismo, la conclusión. El sistema no es obra del doctor Williman ni de su antecesor: constituye un vicio inveterado de nuestra organización política, que la revolución de Febrero de 1898 no pudo corregir en absoluto. Merece todas las censuras, ese vicio, y merecería todos los aplausos el gobernante que aplicara su autoridad á corregirlo; pero, de que el gobernante actual no lo haya hecho, no fluye la consecuencia de que la candidatura del señor Batlle y Ordóñez sea hechura

é imposición suya. Cualquiera de los candidatos que triunfe deberá la mayor parte del éxito á ese régimen defectuoso y bajo tantos aspectos condenable. Vamos á rechazarlos á todos por ese pecado original? Nos parece inútil demostrar la negativa; y, sin embargo, la afirmativa es resultante fatal del erróneo criterio del diario nacionalista. Si el sistema basta para descalificar al señor Batlle y Ordóñez, tendrá igual efecto sobre el señor Bachini ó sobre otro candidato cualquiera: subsistiendo el sistema, toda candidatura resultaría inaceptable, conclusión muy propia del nacionalismo radical, que solo piensa en la abstención y en la guerra, conclusión absolutamente reñida con el programa de los nacionalistas moderados, que aceptan lo existente como una base para futuros mejoramientos y proclaman la evolución como medio único de resolver los problemas nacionales.

(Editorial de *El Siglo*, Marzo 11 de 1910.)

La subversión evidente

«El Siglo» en derrota

Dijimos al comenzar esta polémica que, apesar de la rara habilidad que para la controversia tiene el ilustrado director de *El Siglo*, sufriría en esta emergencia, indiscutible derrota. Han bastado cinco días para que el colega, convenciéndose de que pisaba en un verdadero tremedal, haya sufrido un vuelco tan brusco en sus afirmaciones, que nos evoca á los violentos cambios del japonés de la leyenda narrada por Kentiro Tokoutama, escarlata subido al rayar la aurora, verde como reluciente esmeralda cuando el nuevo crepúsculo escondía con su manto de sombras á la tierra.

Al principio de la polémica, el fundamento sólido en que se basaba para negar que la reelección implicaría una subversión, era que el doctor Williman, había contrariado tendencias fundamentales del anterior ex-Presidente. Y citaba como prueba, la reforma de la ley electoral — precaria y tímida — como el propio *Siglo* lo ha reconocido infinidad de veces. A nadie se le ocurre decir, que esa reforma, tal como fué hecha, empírica y vacilante, sea una cuestión fundamental en tendencias gubernativas. Es un detalle, y nada más que un detalle, que en nada altera la existencia de un sistema político. También citó como prueba de esos cambios fundamentales, la salida del doctor Guillot del Ministerio del Interior, quien abandonó ese cargo, por la sencilla razón

de que se le dió la Fiscalía de Corte. Y con idéntico criterio, señaló como cambio fundamental, el nombramiento del doctor Espalter y la renuncia-bomba del doctor Jacobo Varela Acevedo.

Dijimos en respuesta, que eso en nada altera la cuestión, pues son cambios de unas personas por otras, continuando el ministerio como un engendro de círculo, en vez de ser un ministerio de opinión, como lo exige la gran mayoría de la República.

La equivocada tesis sostenida por *El Siglo* no ha podido pasar inadvertida, al claro criterio de su director. De ahí que, dándose cuenta acabada del falso terreno que pisaba, finaliza la polémica, diciendo todo lo contrario de lo que había sostenido. Reconoce « **que no hay diferencia entre la orientación política de los dos gobernantes que se han sucedido en los últimos siete años. Que esto es muy lamentable y censurable.** »

Pero después de abandonar en casi veloz retirada la mayor parte del campo de batalla, el colega se resiste en dos últimos atrincheramientos. Poco nos costará desalojarlo de esas posiciones, abiertas á los ataques, sin ninguna defensa sólida que las proteja.

El primer argumento que formula para sostener que la reelección no implicaría una subversión republicana, es este: «Que Williman sigue, dice, la misma política de Batlle. La sigue por solidaridad, porque cree que es buena. La sigue libérrimamente, por su propia voluntad. Es la limitación interna de que habla Dicey, en la Introducción al Estudio del Derecho Constitucional.

Solo habría subversión, agrega, si Williman siguiera el régimen político anterior, por limitación externa, vale decir, por coacción ó presión de fuerzas extrañas que le rodean.»

Tal es el argumento «mutatis mutandis» que formula el colega. Es un argumento deleznable, insubsistente, que con facilidad vamos á destruir.

A fuer de caballerescos, nos place vencer á nuestros adversarios colocándonos en su mismo terreno y batiéndolos con las propias armas que esgrimen. Coloquémonos pues, en la misma situación que la planteada por *El Siglo.* Admitamos con él, que Williman, continúa el réigmen político anterior por su voluntad exclusiva. Aún así, la subversión resulta de abrumadora claridad.

En efecto: el señor Batlle, quince meses antes de bajar de la primera magistratura impone por su voluntad Presidente de la República al doctor Williman. Este sube al poder, y aunque sea libérrimemente que mantenga intacto el andamiaje político, lo cierto es que, ese armazón «cuyos resortes continúan en manos de los partidarios del señor Batlle», según la preciosa confesión de *El Siglo,* le servirá á aquél para conseguir la reelección, en el caso improbable aún, de que se llegara á efectuar.

En nada atempera la desconsoladora subversión democrática, el hecho de que Williman haya pactado libérrimamente con Batlle, este contrato de *do ut des,* como se decía en el antiguo Derecho Romano. Un caso típico en la historia de América, demuestra la inconcusa verdad de la tesis que sostenemos. El ejemplo de esa subversión que echa por tierra el régimen republicano, lo encontramos en el Paraguay. Dos presidentes, Escobar

y Caballero, han subido al poder y se han turnado en él de esta manera: sube Escobar á la presidencia; se la deja á Caballero que mantiene intacto el andamiaje político de su antecesor; termina Caballero el mandato, y valiéndose de los resortes de que disponen que se hallan en manos de sus partidarios, se produce la nueva rotación de los mismos nombres. El hecho de que Caballero y Escobar, libérrimamente mantengan ese sistema, en forma de moderno *pacto de familia ó pacto de intereses,* expreso ó tácito, merced al cual consiguen sus reelecciones, es de una subversión tan monstruosa que subleva á la conciencia de todo republicano de corazón.

No habría subversión en la reelección del señor Batlle, siempre que para conseguirla, no contara con el apoyo del doctor Williman; en el caso de que el armazón político que dejó al bajar, no estuviera conservado intacto—con el respecto con que el asiático mantiene sin tocar á su fetiche — pues entonces subiría á la presidencia por sus cabales, y no merced á los resortes eficientes que están en manos de sus partidarios hoy, lo mismo que hace tres años.

No habría subversión, si Williman, impusiera su influencia neutralizando esas fuerzas, como en el caso que citamos de Cleveland, en Norte América, reelecto contra toda la voluntad del presidente Harrison.

El hecho pues, de que el doctor Williman, libérrimamente sea el fideicomisario del señor Batlle, en el poder, en nada atempera la subversión. Esa libertad que *El Siglo* invoca, lo único que servirá es para hacer que el actual Presidente tenga una responsabilidad más grande ante la his-

toria, por el hecho de mantener un sistema sin luz y sin ambiente.

Pasemos á destruir el segundo argumento, el último punto de resistencia en que se abroquela *El Siglo*. Dice: « El hecho de que para conseguir la reelección, se tenga que echar mano á una serie de resortes políticos ilegales, es un vicio inveterado de nuestra organización política, que la revolución de Febrero de 1898, no pudo corregir en absoluto, y merecería todos los aplausos el gobernante que lo corrigiera. Pero ese vicio, agrega, no mancha de pecado original á la reelección del señor Batlle, porque calificaría de igual modo á Bachini, Serrato ú otro candidato cualquiera que fueran presidentes valiéndose del referido sistema ».

El colega tiene razón al decir que si Bachini, Serrato, Traviéso, ó quien fuera, surgieran de este modo, tendrían un vicio en su origen, vicio que resulta del medio ambiente. Pero lo que es un error, un profundo error, es equiparar el caso de cualquiera otra candidatura á el de la reelección. El vicio apuntado es cierto que existe en nuestro medio; pero con la reelección el vicio se perfecciona, se acrecienta, al tomar ese carácter « reversivo. » Ya es vicio y grande, el que todo un andamiaje político, constituído por el ejército, jefaturas, comisarías, guardias civiles, empleados públicos, puedan hacer elecciones y decretar el triunfo de un candidato. Pero ese vicio se perfecciona, adquiere perfiles más corruptores, cuando sirve para asegurar la vuelta de la propia persona que al bajar de la primera magistratura, impone sucesor y deja todo preparado — contando con la gratitud, la solidaridad ó lo que fuere del nuevo Presidente — para que no se le toque

nada del sistema y de los resortes, que han de asegurarle la reelección.

Quedan pues, destruídos los dos últimos atrincheramientos en que se abroquela el ilustrado colega.

(Editorial de *La Democracia*, Marzo 12 de 1910.)

EL CASO DE MAC-EACHEN





El caso de Mac-Eachen

Durante la polémica que sostuve con *El Siglo*, este ilustrado diario deslizó la acusación de que el Partido Nacional no tiene derecho á oponerse al señor Batlle basándose en la razón de principios invocada, por cuanto sus prohombres aceptaron la candidatura Mac-Eachen, impuesta, según su decir, por la voluntad del ex-Presidente Cuestas.

La acusación era tan desprovista de fundamento que no creí de mi deber contestarla. Han pasado varios meses desde entonces acá, y el mismo argumento se vuelve hoy á repetir. En rápidas líneas, vamos á pulverizar ese cargo, tan insubsistente como deleznable.

Injusticia máxima significa el hecho de acusar á los prohombres del Partido Nacional por haber aceptado á Mac-Eachen durante la elección presidencial de 1903. Esa actitud es inatacable. Lo único que se les puede censurar, es el error cometido de no haber ido á él, con tiempo suficiente para impedir el triunfo de una candidatura que empujó á la República, entre el infortunio y el dolor, por el despeñadero de la guerra civil.

Mac-Eachen, se comprometía á seguir la política de coparticipación, inaugurada en días de ventura para la patria, por el Presidente Cues-

tas. Su triunfo, era la victoria del gobierno nacional, desideratum soñado desde los albores de la independencia, por los repúblicos de más sano corazón y de pensar más alto. Si los nacionalistas hubieran ido derechamente á él, desde un principio, veinte millones de pesos gastados estérilmente se habrían ahorrado á las finanzas de la nación, y sobre todo, hubiéramos evitado, mucha sangre de hermanos, muchas lágrimas de madres; caídas sobre las campiñas nativas como protesta contra la insensata política de las dominaciones personales á base de exclusivismo y de rencor.

¿Qué esa política de coparticipación, tal como se practicaba en tiempos del señor Cuestas, era subversiva?

No seré yo quien niegue por cierto, que en esa época, no estabamos en un todo de acuerdo con la ley. Por decreto de inexorables circunstancias tuvo que apelarse á expedientes no muy legales. La situación del gobierno de Cuestas era especialísima. En el preceso evolutivo de la sociedad, ella se consideraba como simple punto de transición á una nueva época de armonía consoladora y fecunda. Hartos estábamos de gobiernos de ignominia que arrastraron á la patria al abismo de una profunda tribulación nacional. Un justificado desaliento—el lógico excepticismo de lustros enteros de fraudes y de mentira,—contagiaba á los espíritus más fuertes de nuestro partido, que no podían creer en la verdad del sufragio, cien veces torturada por la falaz promesa de los gobernantes.

Como contrapeso á ese poder omnímodo y sin control; como fianza que esos derechos no serían

de nuevo bastardeados, se alzaron las seis jefaturas nacionalistas, garantía tutelar de la suerte del partido del llano, proscripto de la cosa pública, en serie no interrumpida de lustros.

Fué, lo repetimos, un momento especialísimo, transitorio en la vida del país. De la época nefanda de Borda, despilfarrada y vergonzante; de los sistemas de gobierno de círculo, estrechos y sin luz, no era posible pasar de la noche á la mañana, á una época de confraternidad patriótica, sin crear expedientes que contemplaran las dificultades de esa delicada situación.

Pero esa anormalidad lentamente hubiera desaparecido. La evolución pacífica, el correr de los años, con su acción incontrastab'e y tenaz, nos habría metido de lleno en el carril institucional.

Todo esto significaba Mac-Eachen.

En cambio, su derrota, trajo como consecuencia, la guerra civil, desencadenada por centésima vez, con todo su cortejo de infortunio y amargura, con todas sus vergüenzas, cubriéndonos de oprobio ante la América entera.

¿Y todo para qué? ¿Acaso se llenó de cruces la calvicie de los nativos cerros, para asegurar entre los orientales el reinado de la paz, el fecundo advenimiento de la ley?

Profundo error, el creer que la guerra civil de 1904 ha cortado las cien cabezas de la hidra revolucionaria, y ha restaurado el imperio de las instituciones dentro de la patria.

El sistema de coparticipación de Cuestas, no era todo lo legal posible; pero por ventura, ¿es acaso más legal este sistema de partido, que divide á los orientales en castas distintas, una eternamente dominadora, la otra eternamente dominada?

¿Es acaso más legal este sistema de enfeudamiento del poder, guardado para determinada persona como un bien vinculado, sistema donde se mantiene á nuestro partido sin pesar en los destinos de la nación?

Antes, en época de Cuestas, se clamaba — en nombre de la Constitución—por el reinado de un solo gobierno, un solo ejército, una sola ley.

Se restauró la unidad, pero en vez de hacer un gobierno, un ejército, una ley nacional, contemplamos la inaudita aberración, de que en la República, el gobierno, el ejército y la ley son colorados.

Subversión por subversión, mil veces preferible era aquella que se creaba en holocausto á un clamor de todo el pueblo oriental, como expediente de concordia entre los hijos de un mismo país.

No es pues atacable la conducta de los prohombres de mi partido, por el hecho de que intentaran sufragar en pro del candidato comprometido á continuar la política de Cuestas.

En censurable demasía de lenguaje, se incurre al decir que Mac - Eachen, era impuesto por Cuestas. Esto es un profundo error. Un sencillo razonamiento lo demostrará. En nuestro país, alguien ha dicho que el Presidente de la República tiene tanto poder como el Parlamento inglés: puede hacer todo lo que se le antoje, menos convertir á una mujer en un hombre y vice-versa.

Yo digo más: aquí, son tan estupendas las facultades presidenciales, dentro de la Constitución las unas, fuera de ellas las otras, que tiene aún más poder que el omnipotente parlamento de Inglaterra: aquí, el Presidente puede hacer todo

lo que se le antoje, y aún convertir, como lo ha hecho, muchos hombres en mujeres...

Bien: ¿Cómo es posible hablar de candidato impuesto por el Presidente de la República, cuando el señor Mac-Eachen solo alcanzó á tener, diez y ocho votos colorados?

Que Cuestas tuviera simpatía por él no lo dudamos. Pero entre esa simpatía y lo que ocurre ahora con el señor Batlle, media la distancia que separa al picacho culminante de la tranquila planicie.

Hay un abismo de diferencia. A Mac-Eachen la sola mácula oponible, era la de la simpatía — bien platónica por cierto — del Presidente Cuestas.

Hoy, la cuestión cambia de especie. Es un presidente que impone sucesor, encargado de recibir el poder en calidad de fideicomiso, para devolverlo, intacto en absoluto, á las propias manos de quien lo recibiera.

No se comparen pues, situaciones que tienen la misma semejanza del huevo con la castaña.

Actitud de la juventud universitaria

Frente al problema presidencial

La tendencia al éxito—Necesidad de idealismos

Réplica á «El Siglo», «El Día» y «El País»



La juventud universitaria

AL PAIS

Con amarga congoja patriótica, asistimos al espectáculo desconsolador, ofrecido por una gran parte de la juventud universitaria que, reproduciendo el triste ejemplo dado en la última elección presidencia, vuelve hoy, en la misma deplorable reincidencias, á formar comités, á escribir artículos en la prensa con elogios que llegan hasta lo inaudito, en favor de una candidatura hecha, cuya reelección se apoya en el sufragio oficializado, y en un sistema de gobierno personal resistido abiertamente por la inmensa mayoría de la República.

Queremos salvar el nombre y el prestigio de la juventud universitaria, seriamente comprometidos con esa tendencia malsana, destinada á fomentar en las conciencias nuevas, corruptoras debilidades por el poder, enervantes complacencias con los que mandan. Es necesario que la juventud marche hoy, como lo hiciera en los días fecundos del ayer, camino á la montaña en cuya cumbre brilla la luz del ideal. El contraste que ofrece la tendencia aludida con la manera de pensar de la juventud universitaria en épocas pasadas, es entristecedor. Ayer, la juventud vivía con los principios; confiaba en el mañana; lucha-

ba con el presente, aguardando sin impaciencias devoradoras la suerte del porvenir; huía del poder, por que si el calor de la fragua en que se forja el ideal, dá nervio, pujanza y vida, el calor que emana del poder, aniquila el carácter de la juventud, impulsándola por la áspera pendiente que conduce al abismo de las grandes bancarrotas morales.

Eran abnegados y valientes. — Sabían esperar. Tenían la conciencia de sus propias fuerzas. Respetaban, dejándoles el puesto al talento y á la virtud, que los mayores habían conquistado al precio de duros sacrificios. Frente á ellos coloquemos esa tendencia que combatimos. Nacen á la vida y matan al mismo tiempo — con su utilitarismo y con sus impaciencias — la flor de las ideas altruistas, cuya simiente arrojada por la mano joven, fecunda siempre, preparando el reinado de una interminable mañana de grandeza moral. No del otro modo se explica que, apenas salidos de las aulas, cuando el hervor de la sangre joven solo debía dar briosos empujes de lucha, se queden en el camino, muertas las ilusiones, formando la caravana, la triste caravana de los vencidos y de los débiles.

La juventud debe seguir la evolución lógica de todas las cosas. Es necesario que viva la vida de la Idea; que luche á brazo partido con el presente, asestando un golpe decisivo sobre el destino adverso; que tenga confianza ardiente en el esfuerzo propio, en la victoria decisiva del carácter, en la imposición dominadora de la voluntad; que sienta arder en su corazón el fuego de sus propios años y que no mate la fé de su alma con la racha helada de la desesperanza.

Salvemos, pues, con estas manifestaciones, sin distinción de partidos y sin agravios personales para nadie, el prestigio de la juventud universitaria, fuerza que debe mantenerse sana, incontaminada, desde que ella prepara la suerte futura de la patria.

Bachiller Washington Beltran, bachiller Lorenzo Carnelli, bachiller Eduardo Rodríguez Larreta, bachiller Juan Carlos Aramburú, bachiller Guillermo C. Sicardi, bachiller Francisco Ponce de León, bachiller Alberto Artagaveytia, bachiller Amador Sánchez, bachiller Fabián Arocena, bachiller Luis Carlos Berro, bachiller Bolivar Baliñas, bachiller Héctor M. del Campo, bachiller Tomás Arrospide, bachiller Enrique Platero Figari, bachiller Héctor Lapido, bachiller Martín Martínez Pueta, bachiller Héctor Antúnez Saravia, bachiller Gustavo Gallinal, bachiller Alfredo Pérsico, bachiller Andrés G. Ponce, bachiller Manuel Bercianos, bachiller Nicanor Amaro, bachiller Octavio Larriera, bachiller Miguel A. Paez Formoso, bachiller Horacio F. Platero, bachiller Ramón L. Alonso, bachiller Valentín Más, bachiller José Luis Espalter, bachiller José Ipharraguerre, bachiller Agustín Antia Errandonea, bachiller Lautaro Guerra, bachiller Abalcazar García, bachiller Francisco S. Garmendia Larrañaga, bachiller Jorge Mullin, bachiller Raúl del Campo, bachiller Federico Carbonell, bachiller Joaquín Pison, bachiller Alberto D. Roldán, bachiller Inocencio M. Hargain, bachiller Juan Estevez Choperena, bachiller José Miranda, bachiller Juan N. Guagliotti, bachiller Enrique T. Sicardi, bachiller Armando Borrás, bachiller Irineo A. Castagno, y señores: Rafael Casaravilla, Carlos M. Silveira Sunhary, Rodol-

fo A. Sans, José Algorta Camusso, Byron Silva, A. Larriera Velazco, Hipólito Gallinal (hijo), N. Borrás, Gilberto Borrás, Gonzalo Cortinas, Edmundo H. Parga, Juan Francisco Castro, José A. Marín Sánchez, Juan A. Mari, M. Navarrete Meneses, Juan P. Lavagnini, A. Yanes, Leandro Gómez, Gustavo Spangenberg Miguel Quinteros, Ricardo Rincón, José Núñez, Cibils, E. Osorio, Carlos Dibarbou, C. Algorta Camusso, R. Méndez Reyes, Horacio Montero Nuñez, Cesáreo Alonso Montaño, Raúl Barbot, Samuel Morin Acosta, Alberto Goyena, Próspero Irureta Goyena, Jacinto V. Sosa, Juan A. Alvárez Vignoli, Sócrates Rodríguez, Carlos Pini, Luis M. Migone, Eyro R. Grajales, Fermín Zuasnabar, Ovidio Ortiz Larrosa, Antonio Rubio, Luis Javier, Angel Guillama (hijo), J. J. Grimaud, Antonio Cotelo, R. Méndez Reyes, Carlos Reus, Lorenzo Irigoyen, Raúl S. Valdez, Ricardo Espalter, Héctor Pérez, Víctor Ceceiro, Fernando Guerrero, Carlos Houton Aguiar, Aníbal V. Barbagelata, Javier Gurucliaga Soler, Pedro Vázquez, Rodolfo Iturralde, Manuel Espel, Ramón Barrios, José F. Rivero, Roberto Rivero, Wenceslao Vilaró, Horacio Ros de Oger, Antolín de León, Edmundo Castillo, Daniel Cardoso, Enrique M. Ros, Saúl Montes, Julio Rodríguez Ramos, Bernabé Castro Caravia, Arturo Bustamante, Felipe Guerra, Juan M. Vilaró, Antonio Barcala, Juan Ros, Horacio Correa, Federico Camin, Alberto G. Paez, Rodolfo Fernández, Pedro Graña, José Correa Correa, Julio César Pérez, Alfredo Rivetto, Máximo Silveira, Eduardo Frochan Márquez, Ricardo Paseyro, A. de D. Aldasoro, Vicente Lapido, Juan Landó Tiscornia, Angel M. Méndez, Enrique Sánchez Varela, Demetrio Martínez, Teodoro A. Berro, Julio

Zuasnabar, Vicente Ponce de León (hijo), José Teodoro Barbosa, Teófilo Arias, Eusebio Sánchez Varela, Héctor Pérez, Antonio S. Collazo, Elodio Fernández, Juan R. Fonseca, Torcuato Luaces, Alejandro M. Olimani, Acasio Irrazabal, V. D. Trujillo, Santiago Pautori, M. Rodríguez Blanco, A. H. Parra, Zoa Fonseca, Roberto S. Pérez, Angel Goslino, Carlos V. Bermúdez, J. C. Montaner, Juan Antonio Collazo, Ulises Ferreira, Eustaquio Tomé, José M. Lemida, Emilio Oribe, Daniel César Smicht, Elido González Tafernaberry, Luis González Tafernaberry, Tomás Peluffo, Manuel Christy (hijo), León Oliver, Cornelio R. Corzo, Mario V. Rodríguez, José A. González, Adrian Arralde, Héctor Migliari, Javier H. Rubira, Norberto Borrás, Gualberto Borrás, D. dos Santos, Fermín S. Gordillo, Alberto F. Zeballos, Juan A. Gómez (hijo), Eduardo Ros, Ernesto Silva, José M. Milan, Raúl S. Valdez, Ramiro Fontans, Francisco Silva y Antuña, Rosalío G. Domínguez, Nemesio J. Bazzano, Rodolfo Casinajas, Julio Etchechurry, José Enrique Munjía, Orestes Carrara, José Iglesias Castellanos, Alberto Calero, Romero Martínez, Eleuterio Acasuso, Domingo Panello, Miguel Iglesias, Carlos Luz, Emilio Oribe, Genaro R. Pérez, Nestor Collazo, Atanasio Oribe, Ramiro Insías, Luis S. Doyviére, Gumersindo Collazo, Juan J. Rovella, Eduardo J. Aguerre, C. Sarrabum, Francisco Beheregaray, Juan J. Feriani, Pedro Houyuebu (hijo), José P. Tejero, José M. Rodríguez, Hnmberto Correa, Carlos Ríus, Arturo Sierra, M. García Selgas, José B. Correa, Walter Martínez, Juan Carnelli (hijo), Carlos J. Alonso, Felipe Guerra, Domingo Sambarino, Martín Fonseca, Juan Albo Pérez, José H. Menéndez, Gabriel Jons San-

cho, V. Alfonso Garat, Domingo Alberto Rossi, Rodolfo Pereira, Félix Arturo Labeque, Máximo G. Belunes, Dionisio Oribe, Mateo Quinteros, M. O. Péndola, Eleuterio Casuso, Euclides Piaggio, F. Sagerie, Estanislao Desalzo, A'fredo Martins, Francisco Suárez, Arturo Nogueira, Francisco T. Delfunino, Carlos Alberto Pérez, Juan J. Mayor, Floro Sobredo, Guillermo W. Pérez, Agustín Heguibo, Jorge Gutiérrez, César Seoane, Gerardo F. Santos, Eduardo Dualde, Daniel V. Reinant, Salvador Pintos, Héctor S. Pereyra, Solís J. Celiberti, Pablo Piedra Cueva, Ricardo Risot, Anuncio Martínez, Serafín Urroz (hijo), Ignacio D. Garaza, D. Martínez Catalina, Rolando Fregueiro, Alfredo Quintero Esquiros, Braulio dos Santos, Pedro Berty, José Pedro de Freitas, Luis Durán y Veiga, Enrique Durán Guani, Almanzor Barranco, Luis F. Vidal, Dario Paiva, Eduardo Dualde, Luis Scandroglio, Antonio S. Collazo, Félix A. Fernández, Alfredo Sierra, Enrique Hugarte, Bolívar Rodríguez, Benvenuto Mujica, Carlos Gurrin, Mario Rodríguez, Luis E. Segundo (hijo), Humberto Segundo, César A. Seijo, Oscar Carrera, Washington Castellanos, José Poasillo Muñoz, Juan Ieves (hijo), Alberto Cotelo Posada, S. E. Larriera, Juan Vivas, B. Agustín Vidal, Francisco Tonrelles, Armando López Aguiar, Pedro Cardeillac, Francisco Silva y Antuña, Octavio Paiva, Alejandro Larriera Velazco, Gaspar Moreno, Enrique Moreno, Eduardo P. Facelli, Avelino C. Brena, A. Fonseca, Rafael Puinos, Enrique S. Segundo, Edison Camacho, Aranus Soñora, José P. Tejero, Lorenzo S. Levratto, Juan Angel Chiolini, Enrique Errazquin, Teodoro G. López, Roberto Juambelt, Arístides Gora, Salvador Mar-

tins, C. González Suero, W. Castellanos, Juan C. Vaillant, Carlos M. Ríos, Julio Silva, Carlos Alonso, Manuel García, Curlos Nimenez, Federico Del Bene, Estéban Frugoni, Ramón Bardier y Ramón Carreras.

Réplica á «El Siglo», «El Día» y «El País»

Señor director de *El Siglo*, doctor don Juan Andrés Ramírez.

Distinguido compatriota:

Suplico me conceda hospitalidad en las columnas de su ilustrado *Siglo*, para defender el manifiesto de la juventud universitaria, suscrito por más de trescientos estudiantes, del cual se ocupó en su editorial de ayer. Como iniciador de ese movimiento y redactor á la vez del manifiesto referido, me creo en el deber de defenderlo, ya que *El Día*, *El País*, y sobre todo, una pluma tan conceptuada como la suya, lo han atacado con evidente injusticia.

Ante todo, se argumenta diciendo que es un error el nuestro, predicar que la juventud no debe inmiscuirse en política, teoría, se agrega, destinada á someter esa fuerza viva á una inercia tan estéril como infecunda. Tal raciocinio no tiene razón de ser. En el manifiesto no se sostiene esa tesis absurda. Muy por el contrario; se le incita á la lucha, al combate recio, sin utilitarismos que enervan, impropios de la sangre nueva, y haciendo derroches altruistas — todo lo lírico que se quieran — pero necesarios para el perfeccionamiento de futuro y para alcanzar la victoria de un ideal superior.

Lo que se quiere, dice el manifiesto: « es que la juventud viva la vida de la Idea; que luche

á brazo partido con el presente, asestando un golpe decisivo sobre el destino adverso; que confíe en el esfuerzo propio, en el triunfo incontrastable del carácter, en la dominadora imposición de la voluntad; que sienta arder en el corazón el fuego de sus propios años y que no mate el calor de su alma con la racha helada de la desesperanza.»

¿Es esto por ventura predicar el alejamiento de los que empiezan, de las luchas políticas? No sería yo, por cierto, el más indicado para hacer campaña semejante, cuando desde niño aún, sirvo á mi partido, obedeciendo al convencimiento de que la juventud tiene imperioso deber de intervenir en las luchas de nuestra revuelta democracia, para cooperar al progreso de la República.

No hay que hacer argumentos, pues, atacando fines que no se expresan ni se persiguen en el documento referido.

Lo que se censura y lo que ni *El Día*, ni *El País* ni la autorizada opinión de *El Siglo* han combatido ni combatirán, porque contra la verdad que rompe los ojos no hay raciocinios posibles, son los hechos siguientes, que con solo exponerlos, revelan síntomas de una dolencia, cuya cura debe ser inmediata y radical.

Hagamos un poco de historia que servirá para justificar plenamente nuestra conducta en esta emergencia. Todos sabemos como subió el doctor Williman al poder. «Ungido por la voluntad popular á la primera magistratura», le llamarán los que quieren tapar el cielo con un arnero. Pero, sinceramente hablando, lo cierto es, que el doctor Williman subió á la presidencia por imposición del Sumo Elector que, atando las conciencias de

los legisladores, por esos compromisos tan en boga en los últimos tiempos, decretó la exaltación de aquél al más alto cargo de la República. Así se dió el caso extraordinario que con antelación de un año y medio al primero de Marzo, se supiera definitivamente que el doctor Williman correría solo toda la pista, en la seguridad de que el clásico le sería adjudicado. ¿Qué hizo la juventud? En porfía digna de mejor causa, entre empellones y manotadas, se apresuró á comprar ganadores al favorito, llegando la demanda á tal extremo, que por poco no se agotan los boletos.

Se formaron comités para «luchar» valientemente, en pró de una candidatura que no ofrecía lucha. Se recorrieron los departamentos, se pronunciaron brillantes discursos, los ditirambos se reprodujeron con fecundidad de hongos.

Era mala la conducta asumida por los jóvenes, pero se les disculpó. Entonces se dijo: es la vinculación universitaria del doctor Williman, son las simpatías que los muchachos le tienen al antiguo catedrático de Física, las que justifican estas expansiones...

Hoy, se reproduce el mismo hecho, pero con perfiles más acentuados. La reincidencia revela que ya se define una tendencia, un mal que si llegara á propagarse, mucho lloraría con ello, el porvenir del país. Hasta hace unos cuantos meses, entre los universitarios tenía gran arraigo el nombre de don Antonio Bachini. Tirados los dados, cuando el batllismo obtiene triunfo en los registros — cosa de esperarse desde que han conservado todos los resortes de un andamiaje político dejado pronto para alcanzar la reelección —

la juventud universitaria remolinea, aclama con entusiasmo delirante al que adivinan triunfador, revelándose maestra, capaz de dejar chica á Blondín, en el arte de los difíciles equilibrios.

El entusiasmo llega á lo inaudito. En la constitución de un comité de jóvenes ilustrados, van negros, de recios labios y mota caña, señal de los ochenta inviernos que han desfilado sobre su cabeza; se apela á los bastonazos, injurias sangrientas surjen en las columnas de los diarios, y hasta duelos, que por suerte no se realizaron, quieren evidenciar cual es el más batllista entre todos los batllistas....

El mismo niño de la bola, íntimo amigo del director de *El Siglo*, apuntaba con risueña ironía la reproducción de estos comités, y el cuadro desesperante ofrecido por el crecimiento de batllistas: éstos, reproduciéndose en progresión geométrica, en tanto que los empleos se multiplican en progresión aritmética.

Miremos, en cambio, lo que pasaba siete años atrás, y la actitud asumida en esa emergencia por la juventud. Tres candidatos se disputaban la presidencia de la República. Entre ellos se hallaba la esclarecida figura de Juan Carlos Blanco, modelo de ponderación y de civismo, ecuánime, sin pasiones, altamente patriota, adalid de las buenas causas en las tempestades de nuestra democracia, que contaba con inmenso concurso de opinión nacional. Le disputaban el triunfo los señores Batlle y Mac - Eachen. Difícil era profetizar la victoria, dadas las complicaciones del problema presidencial. ¿Qué hizo entonces la juventud universitaria? ¿Dónde estaban los bríos denodados de los nuevos Infantes de Aragón? ¿Se formaron

acaso comités en pró de tal ó cual candidatura? ¿Era por ventura menos digno el inolvidable doctor Blanco, de despertar entusiasmos enloquecedores como los que hoy, triunfante ya, casi ya presidente de la República, despierta en su torno el señor Batlle y Ordóñez?

Antes, en los momentos de lucha, cuando los comités, los discursos, los ditirambos eran necesarios para determinada candidatura, la juventud se llamaba á silencio, como temerosa de embarcarse en aguas que pudieran llevarla á la derrota. Hoy, cuando surge un candidato hecho, sin contrincante enfrente, cuando no hay un nombre que se le oponga porque el batllismo tiene acaparados en desesperante monopolio todos los resortes oficiales, la juventud se lanza en carrera desenfrenada para aplaudir, al que sin ser muy lince, se adivina triunfador.

Censurar estos hechos, contrarios á la suerte de la patria, son los móviles del manifiesto aludido. Conociendo la amplitud de miras del doctor Ramírez, abrigo el convencimiento que, no obstante estar en oposición á sus ideas, dará á la publicidad esta defensa.

Ordene á su amigo.

Washington Beltran.

El suicidio de la abstención





El suicidio de la abstención

Análisis del razonamiento de los contrarios á la lucha cívica. La abstención, como arma para atemorizar á los hombres del gobierno. La presencia del Partido Nacional en las Cámaras no legitima los abusos del poder. Selección necesaria. La oposición es siempre fecunda aún contra las mayorías regimentadas. Ejemplos históricos. El parlamento francés en tiempo del Imperio. La Cámara Española. El ejemplo de los irlandeses. Examen del argumento de que es preciso ir á la abstención, como concesión hecha al espíritu radical de los caudillos. Lo que ocurre con el Partido Radical Argentino. Inconsecuencia política evidente. Unánime opinión de los publicistas en contra de la abstención.

El suicidio de la abstención

Una parte, felizmente pequeña, de mi partido político, hace propaganda en el sentido de que los nacionalistas deben abstenerse de concurrir á las próximas elecciones de Noviembre.

Ni por un momento, pongo en tela de juicio la noble intención que los anima. Precisamente, porque soy un convencido de la buena inspiración de sus corazones, es que escribo este capítulo, considerándome feliz, si logro evidenciar el profundo error en que se encuentran.

Y no es esto, empeño presuntuoso. El problema de la concurrencia á las urnas, se presenta con claridad meridiana, convincente como postulado sin réplica.

Nunca más que ahora, se impone ardor en la lucha, profunda fe en los principios republicanos. Atravesamos una crisis patriótica, que se agravaría de modo doloroso, si el extravío de la abstención retrajese á nuestros correligionarios de intervenir en las elecciones de Noviembre. Ese retraimiento, sería una insensatez, funesta para la patria, funesta para el Partido Nacional.

Para la patria, porque un poder que no reconoce control, cae por decreto inexorable, en el abismo de todas las exageraciones. Se retrocería á los tiempos pasados, que tantos infortunios desataron sobre la República entera.

Funesto para el Partido Nacional, por que la abstención, al decir de José Manuel Estrada, es un suicidio y es una cobardía. Llamarse á simple espectador, cuando las dificultades del momento histórico reclaman el concurso de todos los orientales, es sencillamente, ir en contra del programa del partido, haciendo tabla rasa con sus ideales más altos, con sus más puros principios.

Es tan grande la justicia de la causa defendida, que abrigo el convencimiento profundo de pulverizar uno á uno los argumentos sostenidos por los contrarios á la lucha cívica.

Primer argumento abstencionista

«Está visto — dicen los abstencionistas — que no es posible impedir las demasías del poder, por medio de la concurrencia á las urnas. Se impone

esgrimir un arma más severa. Sólo la abstención del Partido Nacional, puede atemorizar á los hombres del gobierno, conteniéndolos en sus excesos.»

He ahí, el argumento en que se abroquelan los abstencionistas. Ante todo, es infantil sostener que con una política de inercia, se puede conquistar algo. La inacción solo conduce á la muerte. No conozco ningún partido de oposición en el mundo, que haya obtenido mejoras, metiéndose en su casa, cruzándose de brazos, cuando la patria reclama su concurso persistente y tenaz.

Las oposiciones triunfan por medio de la lucha. Batallar — aún en inferioridad de condiciones — debe ser el lema de todo partido que aspira á un mejoramiento de futuro.

Por lo demás, parece que dolorosa amnesia, se hubiera apoderado de la memoria de los que predican la abstención como medio de atemorizar á los hombres del gobierno. El arma es absurda. Ahí está la experiencia reveladora de que con ella, nada ha obtenido nuestro partido. Los nacionalistas estuvieron absteniéndose durante varias legislaturas, por espacio de dos largos lustros. Desde Santos hasta Borda, no intervinieron en la lucha cívica. Ese proceder hizo que un distinguido publicista, de cáustico ingenio, lo comparace á un avaro que sacaba las monedas de la caja, las exhibía, mirándolas con fruición, para luego guardarlas, sin atreverse á hacer uso de ellas.

La actitud abstencionista de nuestro partido, lejos de disgustarle á los adversarios, le proporcionó verdadero agrado. En vez de contenerse, rodaron por el precipicio de todos los excesos: desde la concupiscencia vergonzante hasta el deshonor ciudadano, plantando sus tiendas en la misma casa de gobierno.

Lo sucedido, fácilmente se pudo profetizar. Un poder, que no reconoce oposición, está fatalmente condenado al extravío. Sin frenos, huye como corcel desbocado, por el camino de todas las exageraciones. Y con ello, la que sufre es la patria, destinada á retroceder á la noche maldita de un infortunio sin fin.

Nada gana tampoco el Partido Nacional. Supongamos por un instante, que las ideas abstencionistas llegaran á triunfar. ¿Qué éxito tendríamos con ello? Desafío á que se me enumere una, una sola ventaja práctica que esa actitud nos proporcionaría.

Insensato sería creer que con esa arma, vamos á torcer el ánimo de los batllistas, en sentido contrario á la reelección. Talvez, con semejante actitud, les hiciéramos impagable servicio. Merced á ello, les permitiríamos disponer de las bancas de todo el parlamento para ubicar á los centenares de amigos, cuyos desvelos en pró del «candidato» reclaman recompensa. Le crearíamos una situación cómoda, pudiendo gobernar á su antojo, sin que una sola voz de protesta, enérgica y viril, resonase en el recinto de la Cámara.

En cuanto á nosotros ¿que haría el Partido Nacional? Metido en su casa, inerme, silencioso, sobre él recaería la tremenda responsabilidad histórica de seguir una política de inercia, cuando la República exige una política de lucha.

Pasarían los años y en las elecciones venideras ó en las subsiguientes, cuando el partido se decidiese nuevamente ir á las urnas, vería con dolor todo el tiempo sacrificado en estéril pasividad. Entonces, se daría cuenta, no solo del infecundo tiempo pasado, sino también del trabajo perdido.

Toda esa tarea de inscripción, tachas, calificación, depuración de registros, producto de gran esfuerzo de los correligionarios, durante muchos años, y de miles de pesos gastados, quedaría muerta. Sería necesario recomenzar de nuevo, desandar, en una palabra, el camino andado en un momento de insensato extravío...

La abstención, pues, lejos de ser un arma de temor para contener demasías del poder, es por el contrario, un temperamento que, al dejar libre el camino á los gobiernos, les favorece todos los atropellos que quieran cometer, ante la alianza ofrecida por la complicidad del silencio de la oposición.

Segundo argumento abstencionista

Dicen los abstencionistas: « Toda la oposición efectuada en la Cámara, es inútil en absoluto. No es posible luchar contra mayorías regimentadas, sordas ante el clamor de la razón, ciegas á los raciocinios del derecho. Nuestra última Cámara, es una prueba de ello: los mismos legisladores nacionalistas, convencidos de la esterilidad de la lucha, se llaman á silencio. Ha sido una legislatura chata, sin bríos de combate ».

Este segundo argumento, es tan deleznable como el primero que destruimos. No resiste al simple análisis crítico. Si la oposición del Partido Nacional, durante algunas de las legislaturas pasadas, no ha sido todo lo briosa y eficaz que reclamaban las circunstancias, la culpa exclusiva pertenece á nuestro propio partido. Su error está en creer, que una colectividad que dispone de reducido número de bancas y que solo obtiene

triunfos morales por medio de la razón, puede llevar al parlamento á cualquier afiliado, sin hacer la selección que el caso reclama. Sin ir más lejos, dos nombres acuden á la pluma en estos instantes, dos esclarecidos ciudadanos, llenos de ciencia, repúblicos de cepa, que quedaron fuera de la Cámara en momentos difíciles en que el partido reclamaba, más que nunca, la acción de sus primeros hombres: son los doctores don Alfredo Vásquez Acevedo y don Martín C. Martínez.

Elija el Partido Nacional para sus puestos representativos á los más capaces y á los más probos, á sus hombres de cerebro y de corazón, batalladores sin desmayos, y entonces verá como la oposición se robustece en nervio, virilidad y peso.

La otra parte del argumento abstencionista, que no es posible luchar contra mayorías regimentadas, es una razón, en el fondo, tan falsa como cobarde.

Cobarde, porque ningún hombre de temple debe sentirse amilanado por el hecho de estar en un recinto en el cual la mayoría le es adversa. Al contrario: cuando se está frente á un núcleo numeroso, obsecado y ciego, es ahí, donde la elocuencia debe tronar más alto, donde el corazón oposicionista debe estremecerse con latidos de gigante.

Falsa, por que en ningún caso la oposición valiente y tenaz, hecha aún contra los más recios bloques parlamentarios, resulta estéril. Poco importa que en el momento de la votación, no se obtengan triunfos. Se alcanzan en cambio, victorias morales, de resonancia en todo el país, que repercuten en el seno de la opinión, la cual rodea con

sus prestigios á los elementos opositores. Y no se diga qué esto es platónico, lirismo juvenil: esas oposiciones, aún derrotadas en el hecho, al breve tiempo, si es posible contra la misma voluntad de los gobiernos, se imponen y triunfan de modo inconcuso.

La historia nos prodiga ejemplos á docenas, que prueban esta tesis. Citaré uno de ellos, elocuente, por tratarse de una ínfima representación opositora en medio de una Cámara famosa por su ciego servilismo para el gobierno.

Sabido es que después del golpe de Estado del 2 de Diciembre de 1851, Napoleón III inauguró en Francia el imperio autoritario. La Cámara, hechura incondicional del monarca, pensaba con su cerebro, con sus oídos, oía. La corrupción más degradante inundaba á la Francia, empujando al naufragio, hechos pedazos, los principios amasados con sangre y con fuego, en la aurora del 93.

En 1857, se efectúan «elecciones.» Sale una Cámara designada en su casi totalidad por Napoleón. Solo los departamentos de Lyon y de París, logran llevar al Parlamento, cinco representantes, elementos de oposición. Eran espadas de temple toledano, forjadas en la fragua ardiente de un recio batallar: Jules Favres, Ernest Picard, Emile Ollivier, Darmond, Henón.

«Les cinq» se le llamaba al ínfimo número. Unidos en la comunidad de sus ideales, se convierten en piqueta demoledora contra los extravios de la época funesta. Lanzan los dardos más acerados de su indignación, analizan los decretos del gobierno, combaten, atacan, desmenuzan, muerden si el caso lo reclama Y son solo cinco! Y tie-

non en su contra todo un bloque de granito, toda una Cámara servil á Napoleón!

¿Triunfaron por ventura en alguna votación? preguntaría un abstencionista, creyendo encontrar en ello, la prueba inconcusa de la inutilidad del esfuerzo realizado.

No triunfaron en ninguna votación, respondo; empero el esfuerzo tuvo la fecundidad del agua cristalina cayendo sobre el regazo de una tierra inflamada y sedienta.

La Cámara sancionaba sus leyes, pero salían á luz, con la mácula de los discursos de «Los Cinco», probando ante la Francia entera, las monstruosidades del régimen aquél.

Ernest Lavisse en la «Histoire Générale du IV Siècle á nos jours», dice: «La voz de esa ínfima minoría, resonante al principio solo entre los muros del Palais Bourbon, bien pronto salió de ellos, para extenderse por toda la Francia. Denuncian — agrega el historiador — los abusos del gobernante, sus faltas ignoradas son puestas de relieve, y exigen con elocuencia la reforma de leyes políticas. Gracias á ella, el espíritu público no tarda en despertarse en Francia. La nación toma poco á poco conciencia de sus derechos. La generación de 1848 levanta la cabeza; se forma una generación nueva, encargada de defender la causa de los principios.»

Este ejemplo, prueba la verdad de nuestra tesis. En el momento en que se pronunciaban los discursos opositores, ninguna victoria material alcanzaron. Eran éxitos morales. La opinión se colocó á su favor, anatematizando al gobierno, cuyos errores se ponían de relieve. Pero estos éxitos morales al principio, en breve tiempo se

materializan, se convierten en victorias prácticas, en mejoramiento de una situación política. Fué lo que ocurrió en Francia. Los cinco hicieron oposición desde 1857 hasta 1863. Un lustro después, en 1868, Napoleón se veía obligado á abandonar la monarquía autoritaria y Francia contemplaba el advenimiento de la monarquía liberal. La oposición obtiene mejoras. Se concede el derecho de interpelar y de enviar ministros á la Cámara, reformando el régimen de la prensa y el derecho de reunión. En las nuevas elecciones, la oposición, alentada por el ejemplo de sus cinco representantes, van á la lucha, y no obstante todos los atropellos del ministro Persigny, logran llevar treinta y cinco delegados al Parlamento. Dos años después, en 1870 se obtienen nuevas mejoras: el advenimiento del Imperio parlamentario, declarándose responsables á los ministros ante la Cámara.

El caso citado, revela que poco importan los bloques y la insignificancia del número de los opositores: lo que se requiere es que tengan talento y valentía moral, para poner de relieve la justicia del derecho que defienden y los errores del poder que gobierna.

Es que las minorías en el parlamento, tienen una alta misión que cumplir. Dice al respecto el publicista argentino Luis V. Varela, en su conocida obra « La Democracia Práctica: » « La mayoría tiene un rival frente á ella en el campo de la discusión. Ese rival, es terrible, porque la minoría, vencida por el número, busca siempre vencer por la razón, procurándose prosélitos por medio del raciocinio y no del alhago. Por otra parte, el espíritu vigilante de la minoría la hace

forzosamente celosa, porque empeñada en una lucha diaria con la mayoría, á la que debe combatir con sus actos, cuida siempre sujetar los suyos á lo que la moral exije para evitar el reproche. Las minorías son económicas cuando se discuten los presupuestos, porque no quieren aumentar los elementos del poder que van á manos de aquellos á quienes la ley obliga á considerar como sus adversarios y son parcas en la creación de nuevos impuestos porque temen que la mayor renta afiance más el poder á sus opositores afortunados. La oposición es siempre útil y necesaria, hasta para la mejor administración de los caudales públicos, puesto que ella es un fiscal permanente del poder administrativo ».

Tercer argumento abstencionista

« La situación política actual—dicen—es pésima. Si el Partido Nacional concurre á la Cámara, legitima todos los actos de gobierno ».

Este es un argumento repetido con harta frecuencia, pero falso también en absoluto.

De acuerdo estamos, en cuanto á lo malo de la situación actual. El régimen republicano, lo hemos dicho desde la tribuna y desde la prensa, se halla subvertido en su esencia. El sistema de partido que nos gobierna, niega la democracia. No se concibe que se hable de gobierno de partido, aquí, donde nuestros adversarios arrebataron el poder por la fuerza de las armas, y se han conservado en él, como caso único en la historia de los países civilizados del mundo ¡ cuarenta y cinco años ! cerrando las puertas á la rotación de los partidos, imprescindible á la vida de toda democracia.

Vivimos en plena subversión constitucional. El Presidente de la República, es tan solo « un custodio de la silla consular », al decir de un eminente publicista compatriota. Nuestro partido, que representa en número, por lo menos, la mitad del país, y en riqueza la inmensa mayoría de la nación, no pesa en los destinos de la cosa pública.

Pero los defectos de esta situación, tan profundos y marcados, exigen más que nunca, el esfuerzo de una oposición luchadora para corregirlos. Es curiosa la manera de razonar de los abstencionistas: como la situación es mala, metámosnos tranquilamente en nuestras casas.

Este razonamiento es inaudito. Por lo mismo que la situación es mala, muy mala, el partido del llano está obligado más que nunca, á luchar con porfiada valentía.

Decir — como sostienen los contrarios á la contienda cívica — que la presencia del Partido Nacional en las Cámaras, legitima los actos del gobierno, es afirmar una monstruosidad.

Si en la Cámara no existe oposición, sucederá lo siguiente: las leyes se dictarán, y por atentatorias que sean, saldrán sancionadas sin que una voz en el recinto ponga de relieve la mácula ilegal que las mancilla.

En cambio, existiendo oposición, si la mayoría aprueba una ley violatoria, saldrá á luz, con el sello indeleble de su ilegalidad, que la protesta opositora habrá impreso en ella. Precisamente, la minoría lejos de legitimar los actos del gobierno, al atacarlos, revela la sin razón que encierran.

¿No es absurdo sostener que « Los Cinco » legitimaban los atropellos de Napoleón III, porque estuvieran en la Cámara, cuando desde sus propias

tribunas, tronaban iracundos denunciando á la Francia los abusos del monarca?

En ninguna parte del mundo, por hondo que sea el abismo cavado entre opositores y gobernantes, los primeros se abstienen de concurrir á la Cámara, basándose en que legitimarían los actos del poder.

En 1870, sepultado el Imperio por la vergüenza de Sedán, eregida la República Francesa, gran parte de representantes monárquicos que respondían al Conde de Chambort, tomaron asiento, en el parlamento francés. La división entre los partidarios del antiguo régimen y los del nuevo, era profunda. Y bien: ¿acaso los monárquicos, por el hecho de estar en la Cámara, legitimaban los actos de la República? Al contrario: todos sus empeños, convergían á demostrar que lo único legal era el régimen caído.

Ejemplo idéntico se observa en la actualidad en casi todos los países de Europa. En España, ocupan bancas diputados republicanos. ¿Su presencia en las Cámaras implica por ventura aceptar la forma monárquica? Lejos de ello: van al parlamento, á luchar por sus ideales, á defender los altos principios de la República, no perdiendo oportunidad para descargar golpes como masa sobre el gobierno de la corona.

Y en esa lucha tenaz de todos los días, los republicanos se imponen como partido, y el ideal, rodando de un extremo á otro de la Península, conquista corazones y gana voluntades.

Un caso más sugestivo aun, es el de los menospreciados Irlandeses. Negados sus derechos, en desventurada situación política, han concurrido al parlamento inglés. Ningún publicista sostuvo ja-

más la peregrina idea que los diputados irlandeses daban patente de legalidad al régimen político del cual eran jurados enemigos. En la Cámara, con la recia elocuencia de Enrique Grattan, lucharon heroicamente, encontrando al principio sus palabras, la misma resonancia que la voz humana al chocar con esos muros macizos que ni siquiera con el eco responden. Pero ello no desmoralizó la fibra bataliadora del alma irlandesa. Era demasiado alto el ideal defendido, para no sentirse seguros de la victoria. Perseveraron en el esfuerzo, no durante un año, ni un lustro, ni siquiera muchos lustros..... ¡Ha sido la obra tenaz de un siglo entero! Y hoy se hallan en condiciones convenientes, de modo tal que según se inclinen al lado de los whigs ó de los tories, pueden mantener ó derrocar los ministerios. Proscriptos durante un siglo, logran al fin, merced á la tenacidad luchadora de un espíritu paciente y sin desmayos, pesar de manera decisiva, en la vida política de la Gran Bretaña.

Una oposición solo legitima los actos del gobierno, siempre que silencia sus abusos. Entonces, tácitamente, se reconoce y se hace cómplice del atentado. Cuando se atacan, por el contrario, esos errores, el partido del llano rompe toda solidaridad con el extravío del poder que gobierna, sindicado por la opinión como único responsable del abuso cometido.

Cuarto argumento abstencionista

« Ahí tenemos — dicen — del otro lado del Plata, en la República Argentina, el ejemplo ofrecido por el Partido Radical, que desde hace quin-

ce años se abstiene de intervenir en la lucha cívica. »

El ejemplo citado, no puede ser más contrario á los abstencionistas. Son tan funestos los resultados de esa actitud, que el Partido Radical, día á día, pierde terreno en la opinión argentina.

En mi reciente viaje á Buenos Aires tuve oportunidad de conversar con un talentoso abogado ex-leaders de la juventud radical. « Acabo, dijo, de separarme de esa colectividad. Con la idea de abstención continuada, mi antiguo partido, ha signado su defunción política. El mismo se ha cavado la fosa. Nadie lo tiene en cuenta; no pesa para nada en la vida de la República. Las nuevas generaciones universitarias, buen cuidado tienen de no incorporarse á un partido de muerte, de desesperanza... Es tal la inconsecuencia de esa política, que se presencia este hecho inaudito: el partido en sí, se abstiene de concurrir como entidad á las urnas, pero deja libertad á que sus afiliados voten, ya por los socialistas, ya por los partidarios de Udaondo, ya por los partidarios de Saenz Peña, ó por quien más le agrade, y á veces, por quien mejor pague... La abstención desfibra el corazón ciudadano y corrompe con su excepticismo enfermo. »

Quinto argumento abstencionista

Algunos ciudadanos de la fracción que han dado en llamar conservadora ó moderada, partidarios en el fondo de la lucha cívica, se encuentran inclinados, no obstante, á la abstención, por razones puramente ocasionales.

« Como medio de evitar que el partido se lan-

ce á la guerra, hagamos, dicen, una concesión al espíritu radical de los caudillos. Satisfagamos en parte, sus exigencias, decretando la abstención del partido ».

El móvil inspirador de esos ciudadanos no puede ser más noble ni más sano. Pero el raciocinio, es completamente equivocado. Se desconoce profundamente la idiosincracia de nuestros hombres de armas. En general, para honra de la causa, nuestros caudillos, educados en la ruda escuela del deber, son por temperamento disciplinados. Trazado el rumbo con clara firmeza por el Directorio, su palabra es acatada con corazón decidido. Máxime, si se tiene en cuenta, que la mayoría de nuestros caudillos son partidarios de la lucha cívica.

Cierto es, que hay un número de ellos, pequeño por suerte, también patrióticamente inspirados, contrarios á la concurrencia á las urnas. El argumento que comentamos se refiere pues, á ese escaso número. Pero aún en lo que á ellos respecta, el raciocinio es falso. ¿Se satisfará, acaso, la exigencia radical decretando la abstención? De ninguna manera. Con semejante actitud, se le daría nuevos bríos para persistir en su empeño, y obtenida la abstención, irían inmediatamente á cosas más graves.

Preciso es convencerse: ir á la abstención para evitar la guerra es un error: en todo caso, la abstención la favorece, apresurándola rápidamente.

Y se explica. No es concebible que un partido como el nuestro, se resigne á quedarse en su casa, en calidad de cadáver político. Algo tiene que hacer, si no quiere consumirse por inanición. El camino de la lucha cívica lo abandona: sólo

le queda la otra senda, la senda infecunda y siniestra de la guerra civil.

En política, hacer estas concesiones, es un profundo error. Los altos ideales no pueden abandonarse. Lejos de armonizar, se descontenta á Tirios y á Troyanos. Nada más funesto para un partido, que en momentos de crisis, navegar en las dos canoas de Pizarro. Estos temperamentos de dos aguas, desfibran y anarquizan ¿Que todos no piensan de la misma manera? Ello no importa. En un partido esencialmente democrático como el nuestro, nunca se ha logrado ni es posible lograr, que todos los hombres piensen como los batallones regimentados de línea. Quede para el partido que gobierna, el marcar el paso ante la voluntad de los Presidentes de la República, que se imponen ante ellos, como la vara del cabo de escuadra al tímido soldado.

En los partidos democráticos, no es posible conseguir esa unanimidad absoluta de todas las conciencias. Trazado el rumbo con mano firme, solo se impone seguir adelante. Nada de vacilaciones cobardes. Unidos por el ideal seremos torrente. Si quedan rezagados en el camino, no por eso la columna ha de cambiar de ruta, marchando por sendas contrarias á la suerte del partido y al porvenir de la patria.

Sexto argumento abstencionista

« En vano luchar — dicen. Contra los fraudes no hay esfuerzo posible. Iremos á las urnas y aún cuando triunfemos, el gobierno nos arrebatará la victoria que nos pertenece. »

Este argumento es tan insubsistente como los

anteriores. Dejemos la palabra á la pluma sin igual de Carlos Roxlo, que refutó ese raciocinio, desde las columnas de la prensa, con el vigor peculiar que caracteriza la prosa del más brillante de los escritores nuestros.

Decía Roxlo:

« Si la guerra civil es un recurso extremo, en disonancia plena con lo que exijen estas horas de espectativa, la abstención es también otro recurso extremo, que nos extenúa y que nos desarma, porque, enseña á los nuestros á mirar con desgano los deberes difíciles y á levantar altares á los dioses del éxito. — ¡ Es preferible cien veces que nos venzan, en buena lid ó con malos recursos, á que nos desbandemos ante la amenaza de una derrota, que, merecida ó no merecida, nos honrará siempre, — como partido de democracia, — como partido de amor á sus derechos, — y como partido que sabe, hasta en las horas tristes, cumplir con sus deberes!

« Necesitamos, además, darle una prenda de confianza y de energía al tiempo que viene. — Nada perdemos con que lo futuro sepa — que si somos soberbios con la soberbia y que si apelamos á lo bravío, cuando lo bravío es inevitable, — las urnas nunca nos hallan sordos á su llamado y la ley siempre nos cuenta entre sus servidores más decididos. — En estas elecciones, en que no rige la ley del mal tercio, nuestra ausencia nos empequeñecería como partido de ideas y de organización, en tanto que la lucha, contra todos recursos de que el poder dispone, hará que el porvenir se diga, en voz baja, que no es cuerdo ni justo prescindir de nosotros. Que el porvenir sepa que los triunfos del fraude y de la violencia no nos

desmoralizan, que nuestro carácter no se amilana ante los obstáculos, por serios que sean, y que creemos siempre en el triunfo final del derecho, hasta cuando el derecho parece como un sol eclipsado. »

Inconsecuencia evidente

Pasma y asombra la inconsecuencia de algunos criterios en materia política. Se muestran ahora, partidarios furibundos de la abstención, no obstante haber ocupado puestos en el parlamento á raíz de las elecciones efectuadas después de la guerra civil de 1904. Por cierto que no dirijimos ningún reproche por ese hecho. Tratamos sencillamente de poner de relieve la inconsecuencia de esa conducta.

En 1904, la ley electoral que nos regía era muy inferior á la actual. El sistema de gobierno lo encarnaba Batlle, con todo su odio de implacable vencedor. Después de ello, dos reformas ha sufrido la ley de elecciones. Hoy estamos, desde ese punto de vista, en condiciones superiores á la época aquella. Entonces se consideró conveniente la concurrencia del partido á las urnas, y tan justa que aceptaron los puestos que la voluntad de los ciudadanos les confiara. No se miró á las bancas como una indignidad cívica.

En cambio hoy, á seis años del drama fratricida, cuando las pasiones tienen que hallarse atemperadas, con una ley que nos asegura treinta representantes en el Parlamento, se habla de abstención, considerándola panacea imprescindible para nuestros infortunios.

Como justificativo de la inconsecuencia, solo se

balbucea este falso argumento: « Hoy nos hallamos divididos. Es necesario unificarnos alrededor de la idea abstencionista, para hacer en torno de ella, una obra de reconcentración ».

Este razonamiento es de un absurdo que subleva. Es falso que la idea abstencionista, una al partido. Su tendencia comicial se ha puesto de manifiesto en imponentes asambleas recientemente efectuadas. Destacando este hecho inconcuso, empezaba mi discurso pronunciado en la reunión de San Carlos, diciendo lo siguiente:

« En todos los ámbitos de la República, resuena la sugestiva nota del civismo nacionalista. Ayer, tres mil ciudadanos palpitaban de entusiasmo en Arroyo Grande; casi en seguida, otra asamblea ponía de manifiesto el civismo de los compañeros del Salto; allá, en Rocha, la voz elocuente de jóvenes tribunos encontraba resonancia en centenares de corazones hermanados por una misma fe; hoy, aquí, en Cerro Largo y en Minas, resurgen con pujanza nuevas fuerzas, documento definitivo de la vitalidad sin ejemplo de este partido, cuyos bríos de lucha se acrecientan en sacudidas de gigante, cuando más impacable y más crudo es el adverso destino que castiga su suerte. »

El Directorio al indicar el camino de la lucha cívica, ha procedido bien por dos razones: una, porque es ese el rumbo que contempla los más altos intereses de la República y del partido. Y en segundo lugar, porque dígase lo que se quiera, la masa trabajadora, el elemento intelectual, los caudillos de más relieve, prestigian la concurrencia á las urnas.

Sería curioso que la mayoría de un partido,

con sus autoridades legítimamente constituídas, tuviera que cambiar de rumbo ante las exigencias de una minoría contumaz. Con idéntico derecho que afirman que en torno de la tendencia abstencionista se realizará la unión, podemos nosotros sostener que esa unión ha de efectuarse en torno de las urnas.

Y nuestra tesis es más justa. Las uniones de los partidos divididos, se realizan alrededor de una idea, de una empresa, ante los peligros de una batalla próxima á librar. Es insensato concebir uniones efectuadas á base de una negación. Absteniéndonos, no lograríamos la unión partidaria: sería únicamente, la inercia suicida de los impotentes, el desconsuelo excéptico de los que agonizan en una vida cobarde, sin esperanza, sin esfuerzo, sin mañana...

Opinión de los publicistas

En derecho no conozco una sola opinión favorable á la tesis abstencionista. Con rara unanimidad, todos los maestros la condenan como infecunda.

En la ciencia constitucional, ya se ha abandonado la antigua teoría de que el sufragio es « un derecho. » Hoy se le considera como « un deber » impuesto á los ciudadanos en holocausto al bien supremo de la sociedad organizada. Tan es así, que científicamente, no se discute la facultad que asiste á una nación de imponer el sufragio obligatorio. No hay razón bastante poderosa, para que los ciudadanos se abstengan de intervenir con su voto, en actos que afectan de una manera transcedental la vida de la patria.

« La *Revue de Droit Public,* » dice lo siguiente:

« La abstención practicada con el fin de protestar contra un gobierno del cual no se reconoce legitimidad puede ser inspirada por nobles sentimientos; pero la experiencia demuestra que es siempre estéril. Un partido que se refugia en ella, no interviene en consecuencia en la la vida nacional, se detiene, se borra, se hace olvidar como un verdadero suicida político. Al retirarse á su tienda, no hace más que inmovilizarse en un rigorismo inerte que significa descorazonamiento é impotencia; se convierte en pasado y deja de ser porvenir. »

El publicista argentino Luis V. Varela, en su obra citada « La Democracia Práctica: »

« Abstenerse, es fomentar el despotismo removiendo los obstáculos que la oposición pone siempre en el camino de las mayorías. »

Saint Girons, por su parte afirma:

« Con la abstención, el gobierno representativo deja de ser sincero y racional para convertirse en las manos de un gobierno turbulento y sin escrúpulos, en instrumento de opresión ».

José Manuel Estrada, asegura:

« Que la abstención, á parte de ser un craso error político, del cual hechan mano los partidos impotentes, es un suicidio y una cobardía ».

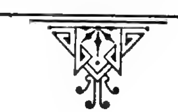
Justino Jiménez de Aréchaga en « La Libertad Política », sostiene:

« Es preciso reconocer que la abstención electoral constituye un gravísimo peligro para las instituciones libres y que la sociedad está vivamente interesada en que todos los ciudadanos ejerzan el derecho del sufragio ».

Arcoleo en su obra « Diritto Constituzionale », dice:

« Soy enemigo declarado de la abstención que concluye por hacer dudar de la utilidad del sistema representativo y por convertir en estériles las ventajas del sufragio universal. »

LA RUTA A SEGUIR



La ruta á seguir

Actitud del Partido Nacional en el caso de que la reelección se verifique. Los dos escollos de Camilo. Ni transacción ni guerra civil. El caso de Juarez Celman, en la Argentina. Patriótico proceder de la oposición. Sesudo artículo del General Mitre. Las revoluciones serán en el país mientras el gobierno no abandone la política de partido. La lucha de ideas y el esfuerzo de los parlamentos conquistan las grandes libertades políticas. Opinión de Blunstchli. La República Romana, Inglaterra y Estados Unidos. Error de algunos políticos nacionalistas. Las clases conservadoras y las nuevas generaciones. Necesidad de vincularlas al Partido Nacional, con una política pacifista y de principios.

En el capítulo anterior, dejo demostrado hasta la evidencia, que el único camino á seguir por el Partido Nacional, en las actuales circunstancias, consiste en librar batalla, con decidido corazón, en el campo del civismo.

Pero es necesario opinar sobre un punto que se perfila en el horizonte, haciendo perder el equilibrio á más de una conciencia reposada. Supongamos, se dice, que el Partido Nacional no pueda impedir la reelección del señor Batlle. Frente á su triunfo ¿qué camino debe tomar?

Dos repuestas, igualmente funestas, profundamente extraviadas las dos, se dan como solución

al arduo asunto. Unos, han insinuado el humillante camino de la transacción. Otros, la ruta, infecunda en estos instantes, de la guerra civil.

Cualquiera de los dos extremos son deplorables. Recuerdo un impresionante artículo, escrito por Camilo Demoulins en « El Antiguo Franciscano » señalando la ruta á la Convención, frente al doble peligro de la anarquía interna y de las potencias coaligadas que en el exterior amenazaban la vida de la Francia. La República—decía el más seductor de los periodistas de la gran revolución—boga entre dos escollos, cualquiera de los cuales ha de arrojarla hecha pedazos, en desesperante naufragio, al fondo de los mares. Es necesario — agregaba — para salvar la Francia y nuestras mismas ideas de libertad, huir de la roca del moderantismo y del escollo de la exageración!

Parodiando á Camilo, se puede asegurar que en estos momentos de crisis profunda, para salvar la suerte de los principios y el mañana del Partido Nacional, se impone huir de los deplorables extremos señalados.

Transar, sobre una fundamental cuestión de principios republicanos, es arrojar á nuestra colectividad por la pendiente que conduce al abismo de las grandes bancarrotas morales. Los partidos opositores, no pueden abandonar su alianza con los principios. Arriar bandera en estos instantes, entrando en componendas ignominiosas con la subversión, es contrario al más elemental dictado de honradez cívica.

Nuestro partido, está en el imperioso deber de oponerse, hasta último momento á la reelección del señor Batlle. Otra actitud, implicaría dar pa-

tente de legalidad á esos procederes funestos que encarna el régimen imperante, al dejar sucesor — depositario del gobierno, convirtiendo el poder en despreciable fideicomiso político. Nuestra transacción con el señor Batlle, traicionaría la confianza que el país independiente tiene en nuestra bandera. Le haríamos con ello, flaco servicio. Enseñaríamos, con nuestra actitud complaciente, á que este ejemplo encontrase imitadores en el futuro, cerniéndose sobre la República la tremenda amenaza de las reelecciones sin fin.

Además, el ciudadano nacionalista que fuera á Batlle, iría solo. El partido en modo alguno lo acompañaría. Sería una acción personal, inútil, corruptora, que en nada modificaría la situación partidaria.

Si hay que huir del extremo de la transacción, hay también que apartarse del extremo — dejemos que diga lo que el corazón siente — ¡infecundo y estéril! de la guerra civil.

¿Cuál es entonces el camino á tomar? A mi juicio, la senda se presenta con claridad meridiana. Huyendo de las dos exageraciones, se impone seguir un camino medio que contempla de modo eficaz la suerte del partido y los intereses de la República.

Nuestra misión — al menos por ahora — consiste en persistir por todos los medios pacíficos, en una oposición altiva, enérgica, de verdad, contra los profundos defectos del régimen actual. Esta actitud ha de dar benéficos resultados. Tiempo hace que una oposición organizada no se deja sentir. Llévense nuestros primeros hombres al Parlamento; hágase prensa levantada y de ideas; sígase con firmeza un rumbo seguro; predíquese

con la palabra y con el libro el credo de la verdad política, y habremos ganado una sonada victoria cuyos frutos han de recogerse en época cercana.

Hagamos lo que hacen los partidos en todas las democracias del mundo: vencidos en las urnas, ni entran en componendas cón el triunfador, ni encienden el país con los horrores de la guerra. Aguardan sus actos, para proceder en consecuencia.

Es esta, precisamente, la tesis sostenida por el insigne don Bartolomé Mitre — de esclarecida memoria — en condiciones análogas á la presente. En 1886 Juárez Celman obtenía la presidencia de la República Argentina, merced al apoyo descarado de los elementos oficiales, cuyos resortes poderosos puestos en juego, le dieron el triunfo. Desde antemano, se sabía de sobra que la victoria de Juárez Celman era inevitable. Con todo, los elementos sanos de la República, no queriendo hacerse cómplices de esa subversión de procederes, fueron á las urnas, levantando la candidatura del doctor Manuel Ocampo.

El fin estaba previsto. La ola oficialista ahogó la libre expresión de la soberanía del pueblo. Ocampo fué vencido por Juarez Celman. Los opositores, ni entraron en componendas con el triunfador, ni cometieron el extravío de lanzarse á una disparatada aventura guerrera. Esperaron sencillamente, los actos del gobierno, ante los cuales ellos ajustarían su conducta de futuro.

El patricio argentino, dejando hablar la voz de la sensatez, terminaba su editorial escrito en *La Nación* del 15 de Agosto de 1886, diciendo lo siguiente, como actitud á seguir frente á la derro-

ta sufrida, prevista desde que fueron á la lucha presidencial:

«Por eso, al plegar nuestra bandera electoral y eliminar un nombre simbólico de esa vida que no se interrumpe, al reconocer un hecho y señalar las condiciones dentro de las cuales ese hecho puede normalizarse, los que han proclamado y sostenido la candidatura del digno ciudadano Manuel Ocampo para presidente de la república, pueden decir que el laurel cívico es suyo y de su abnegado candidato, que los ha acompañado á luchar sin esperanza de triunfar en las urnas, con la seguridad de triunfar hasta de los mismos triunfadores. por la bondad del bien y la gravitación de la verdad. Por eso, á la inversa del antiguo saludo de los gladiadores votados á la muerte, pueden ellos y él decir al presidente que viene, que los que le van á sobrevivir lo saludan, deseándole que pueda entrar, si es posible, en la corriente de la sana vida política.

«Como lo decíamos al día siguiente de la lucha armada, cuando se apeló á las armas para resolver otro problema presidencial: aceptamos la situación en que vamos á entrar como un punto de partida constitucional, dejando atrás el pasado. No es digno de hombres llevar cobardemente las manos á las partes doloridas por los golpes, en vez de devolverlos; y después de terminar en guerra ó en paz, no lo es tampoco perder tiempo en cobardes quejas y vanas recriminaciones. Queda para los triunfadores que no pueden ostentar sino un laurel estéril, la pobre gloria de contar golpes en vez de curar heridas.»

En ese mismo artículo, el General Mitre hacía

esta declaración, perfectamente aplicable al Partido Nacional, en su rumbo del mañana:

«Reconocemos, pues, el hecho como tal, y sin protestar contra él ni entrar en vanas recriminaciones retrospectivas, que no son del caso, entramos en la vida nueva con la misma bandera, para luchar y trabajar en pro de los principios de nuestro credo político, mañana lo mismo que ayer, sin pedir nada más que el goce de los derechos comunes asegurados á todos, y nos reservamos, como lo dijimos antes, juzgar por esos hechos á la situación y al presidente que viene.»

Esta es la acitud prudente que el patriotismo impone adoptar. El Partido Nacional habrá consagrado esfuerzo decidido en bien de la paz, encaminando á la nación por el sendero de las evoluciones fecundas. Con ese proceder, no renuncia á ninguno de sus derechos: conserva imprescriptible el supremo recurso de la protesta armada, para hacerlo valer, como último clamor del derecho conculcado, si el gobierno del futuro no sabe responder á las exigencias de los nuevos tiempos.

Esta tesis, la sostuve desde las columnas editoriales de *La Democracia*, valiéndome amargas censuras — que me llenaron de tristeza ante su injusticia — por el hecho de decirle con honrado corazón al partido, su deber en estas horas, aunque para ello, me cuidara poco de alhagar pasiones y de satisfacer explicables intemperancias.

Entonces decía:

«¿Triunfarán acaso, en nuestro escenario político? Festejaremos alborozados el advenimiento de la ansiada época, en que los orientales puedan entregarse al trabajo regenerador y fecundo, sin dudas ni zozobras? ¿Se alejará para siempre el fantasma pavoroso de la guerra civil?

«Todo depende de la altura patriótica que tome la agrupación que gobierna. Con la seguridad de un convencimiento profundo, podemos garantir al país entero, que el esfuerzo abnegado de los buenos ciudadanos por mantener la paz, naufragará hecho pedazos si se persiste mantener en lo alto la insensata política de partido; si se quiere seguir como hasta ahora, nombrando jefes políticos, comisarios, sub-comisarios, soldados, fiscales, ministros, diplomáticos, todos colorados; si se coloca en situación tal al Partido Nacional que no pueda influir como su número y su importancia reclama en los destinos de la cosa pública.

Preciso es que se convenzan que nuestra colectividad, no se resigna ni se resignará jamás á esa condición de proscripta, sin tener influencia eficaz en la dirección del gobierno del país.»

Esta premisa sentada en los párrafos transcriptos, tiene toda la verdad de postulado inconcuso. No basta para el reinado de la paz en la República, que el Partido Nacional entre en un carril francamente evolucionista. La guerra civil será entre nosotros, planta enclavada con garfios de hie-

rro, si el presidente que viene, no evoluciona á su vez, abandonando sistemas repudiados por la vida de todo un pueblo, prácticas negativas de la verdad y del derecho.

El mismo general Mitre, en la ocasión citada, afirmaba con profunda verdad lo siguiente:

«Pero no basta solamente que el pueblo ó los partidos en acción, renuncien á esos medios de dolorosa reivindicación, por considerar que la revolución no es una solución; es necesario que simultáneamente los poderes establecidos renuncien también á ellos, y no lo fíen todo á la fuerza oficial, porque entonces el germen de la revolución estaría en el gobierno mismo, como un principio de descomposición, que sin beneficio para nadie la haría, no sólo fatal, sino también indispensable. En tales extremidades la sentencia ha sido pronunciada por la historia: los que no quieren abrir sus ojos á la luz son fulminados por el rayo.»

Actualmente, en las circunstancias presentes, los nacionalistas no deben olvidar que solo debe hablarse de « la última ratio », en momentos de amarga desesperación nacional. Es un recurso extraordinario de opresión notoria, de evidente infortunio sangrando el alma de un partido; nunca un medio común para esgrimir á cada instante, por cualquier suceso. Lo lógico, — al menos es esa la enseñanza suministrada por los países de verdadero adelanto político — es que las grandes libertades de una nación se alcancen en el esfuerzo constante de porfiada batalla cívica en pró del ideal.

El insigne Blunstchi dice al respecto: « La historia de la República Romana y el desenvolvimiento del Estado Inglés y de la Unión Americana, no se explican sino por la lucha de ideas de los partidos. Es el esfuerzo y la rivalidad de los partidos en el parlamento que engendran las mejores instituciones políticas y que ponen de relieve todas las riquezas de las fuerzas latentes de la nación ».

Blunstchi, tiene razón. La grandeza de las libertades inglesas, no es la obra de un solo día: en general, puede sostenerse que es el resultado del esfuerzo tenaz de los Comunes. Merced á ellos — dice Clemenceau,—se ha evolucionado desde la Cámara constituida por el voto exclusivo de las clases privilegiadas, hasta la reforma en 1867 llevada á cabo por el gabinete conservador de Disraeli y que determina el advenimiento del sufragio universal.

Otro tanto cabe afirmar de las libertades políticas de los Estados Unidos. Ese soberbio adelanto descansa en el porfiado empeño luchador de republicanos y demócratas, que no abandonaron un solo instante el campo al adversario, aún cuando en muchas ocasiones el fraude electoral hiciera naufragar justísimas esperanzas.

Es que los verdaderos partidos de principios deben tender forzosamente á imponerse por medio de las ideas, acudiendo á la guerra, tan solo como una solución desesperada exigida por el patriotismo. Orban en su obra recientemente aparecida « Le Droit Constitutionnel de la Belgique » dice: « Constituyen solo verdaderos partidos políticos los que se inspiran en fines políticos y persiguen un fin político, esto es, que buscan

tener representación en las Cámaras, conseguir con el esfuerzo del tiempo la mayoría parlamentaria para hacer prevaler en la conducta general del Estado, sus vistas, sus tendencias, su sistema de gobierno ».

Orban está en lo cierto, al afirmar que la Cámara es lugar predilecto de los partidos para imponer sus ideas, defender los principios de su programa, atacar los errores adversarios, servir eficazmente al progreso de la nación en cuyo seno se agitan.

Debido al empeño continuado de varios años de labor, corrigiendo errores, señalando defectos, tronando contra la injusticia, poniendo de relieve faltas ignoradas, se consigue alcanzar conquistas tan duraderas como fecundas. Y plantado un jalón, resiste á todas las tempestades como si tuviera cimiento de granito.

Es error vinculado con hondas raíces en algunos políticos de mi partido, el considerarlo como una fuerza que solo debe actuar en el hoy. De ahí que, sin tener en cuenta la crisis que atravesamos, se desesperen y pierdan los estribos, entregándose á ensueños ilusos, á utópicas aventuras. Esto no es cuerdo. Lo político, es tratar de influir en el presente, pero preparando á la vez al partido para que sea una fuerza decisiva en el porvenir. Jugar á los azares de una sola carta, la suerte del país, los ideales de una colectividad que tiene por la historia alta misión que cumplir, es cometer la misma insensatez del extraviado que expone á los caprichos de la bola de marfil saltando en el cilindro, el honor de su nombre y el bienestar de sus hijos.

El rumbo político de mi partido, en los actua-

les momentos, debe sintetizarse en esta fórmula: *pacifista y principista.*

El primer término de la expresión, indica claramente que los nacionalistas — al menos por ahora — no deben ir á la guerra civil, esforzándose por desenvolver sus actividades en torno del sufragio.

El segundo término de la fórmula referida, significa que el Partido Nacional no debe arriar su bandera opositora, entrando en transacciones con un candidato, cuya vuelta al poder, en la forma que lo realiza, entraña profunda subversión republicana.

Error generalizado en mi partido, pródigo en infortunios, es el creer que, á un mismo tiempo, puede prepararse para la guerra civil y para la lucha cívica.

Esta es una lamentable equivocación, á la cual pagan tributo, vigorosos y bien inspirados cerebros de nuestra causa. La acción guerrera y la acción cívica, significan evidente antítesis. Son dos cosas opuestas, como lo es la luz del sol ardiente á la oscura tiniebla de opaca noche.

En ese camino equivocado, queriendo preparar á la colectividad para dos empresas antagónicas, el resultado es previsto: las dos se malgastan, se debilitan en estéril negación.

He oído, impresionado dolorosamente, repetir hasta el cansancio, en asambleas partidarias, frases como esta: «Hay que ir á las urnas, con una boleta en la mano y con el fusil en la otra». Error, profundo error! Esa prédica que se cree salvadora, lleva al alma campesina desconcertante pesimismo. Se le habla de las urnas al paisano, y al mismo tiempo, se hiere su fiereza ingénita,

con el acicate pavoroso del drama fratricida. Llega el momento de las elecciones y el paisano se retrae. ¿A que ir á votar, si al fin y á la postre, el fusil que lleva al brazo, tiene que emplearlo en la cuchilla, en sangrienta jornada con el compatriota?

Reaccionando contra esa tendencia, siempre que subo á la tribuna política para hacer prédica sufragista, lo hago incitando á que vayan á las urnas, con el alma puesta por entera en la lucha que van á librar. Hace algún tiempo, en una asamblea partidaria, rodeado de centenares de buenos paisanos compañeros, les ponía de relieve su deber, de esta manera:

« Pero si por acaso, todas estas conquistas no llegaran á alcanzarse de golpe, tampoco desesperéis, que siempre los grandes progresos de las naciones, han necesitado la acción lenta y tenaz para que se edifique algo perdurable. Día llegará, señores, día llegará, en que todas las obsecaciones de lo alto, caerán hechas pedazos ante el ariete de la Idea, derribadas por el empuje incontrastable de la opinión nacional. Eduquemos cívicamente á nuestros compañeros; hablémosles de la necesidad de concurrir á las luchas del comicio; digamos al partido derecha y lealmente el honrado sentir de nuestro corazón: *que cada voto depositado en la urna por un ciudadano consciente, vale mil veces más, que mil tiros disparados contra el hermano, en las horas de la batalla encarnizada y sin tregua.* »

« Este es el único camino en los momentos actuales: refrenar, dentro del campo de las ideas, el absolutismo del sistema que nos gobierna, sin caer por eso, en los funestos excesos de la demagogia. »

Y esta propaganda me parece la única proficua. Si estamos empeñados en que vayan á las urnas, ¿á qué neutralizar, destruir en absoluto esa idea, evocando la antítesis de que deben estar preparados para la guerra?

Esa noción generalizada, de que al partido debe hacérsele cívico y guerrero á un mismo tiempo, es contraproducente. En la extraña «mélange,» no resulta ni lo uno ni lo otro.

Se me ocurre un ejemplo gráfico, que pinta el resultado de esa política suicida. Supóngase una carreta, que por el lado delantero se le prenden dos yuntas de bueyes. Al mismo tiempo, en la parte posterior, otras dos yuntas, en sentido contrario á la primera. Bien pueden romperse todas las picanas del mundo y enronquecer las más vigorozas cuerdas vocales de todos los carreros, acicateando los brutos, que la carreta permanecerá impasible, solicitada por los bríos negativos de fuerzas que se destruyen.

Desengánchese, por el contrario, los bueyes de la parte posterior, y las cuatro yuntas, prendidas en el mismo lugar, orientadas con rumbo idéntico, han de llevar fácilmente la carreta al destino buscado.

Exactamente lo mismo, ocurre con la política aludida, aplicada al Partido Nacional. Intentarse preparar para la guerra y para el civismo, es someterlo á la inacción de la carreta referida: no se moverá para un lado ni para otro, empantanado en desesperante zanjón sin salida.

Adivino la objeción que ha de hacerse á la política pacifista, esbozada en estas páginas. «No conviene—dirán los espíritus *prácticos*—desarmar por entero al partido, cuando es muy probable

que acaso, en tiempo no lejano, dado lo cerrado de la situación, haya que acudirse á medios violentos ».

Esto es un error. La política pacifista por mi defendida, no desarma en modo alguno al Partido Nacional, ante las arbitrariedades que el futuro pudiera cometer. Mañana ó pasado, si desgraciadamente, hubiese que acudir á un medio supremo, como perentoria exigencia del patriotismo, bastaría la ardiente propaganda de unos meses, para que todo el partido estuviera dispuesto al recio sacrificio.

Fué lo que pasó en 1897. Seis meses á lo sumo de lucha porfiada, robustecido el nervio por la indispensable sanción moral del veredicto público, bastaron para que la fibra nacionalista se retemplara con indomable pujanza, marchando á la contienda, sin mirar ni en la turbada paz del hogar lloroso, ni en la sangre á vertir, ni siquiera, en el supremo holocausto de la vida...

Pero lo que me resulta insensato es que, por creerse atemorizar al adversario, se fomente el morbos de una anarquía interna, con esa desgraciada política que no va á ninguna parte: ni á la paz ni á la guerra.

El temor al adversario, se los inspiraremos presentándonos como una entidad organizada, robusta, encaminada en rumbo fijo, y no despedazados por tendencias encontradas, pues ante ese espectáculo, ni nos respetan como fuerza cívica, ni nos temen como fuerza bélica.

Hay más aún. Siguiendo la política *pacifista* y *principista,* incorporaremos á nuestras filas dos elementos, que han de agigantar el poderío del partido en el futuro. Esos elementos, cuya im-

portancia es excusado poner de relieve, son las clases conservadoras y las nuevas generaciones. Las primeras, simbolizan la riqueza; las segundas, representan la cuna en que se mece el porvenir.

La abstención, en cambio, como prólogo necesario á cosas más graves, nos enagena la simpatía de esas poderosas fuerzas.

A las clases conservadoras, nos impondremos como partido de honradez, *amigo de la libertad en el orden.*

Para atraernos á las nuevas generaciones, se impone desplegar amplia bandera de principios, mostrándoles que dentro del nacionalismo, hay campo proficuo para poner en práctica ensueños democráticos. Por cierto que se las alejaría, con un programa negativo como el de la abstención, programa de impotencia, programa de desesperanza...

El alma juvenil, necesita la atracción de una idea de lucha, porque sus energías requieren el ardor de las batallas del civismo y no la cobarde indiferencia de los que se cruzan de brazos, cuando la patria reclama el esforzado concurso de todos los orientales.

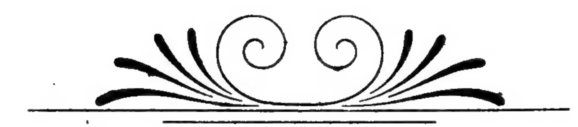
Esa idea abstencionista, si llegara á triunfar — que por suerte no triunfará — obligaría, para ser lógicos con la conducta adoptada, á que el partido también se abstuviese en 1913, pues esas elecciones serán presididas, seguramente, por el señor Batlle y Ordóñez. ¡Seis años de inacción!... Programa sugerente de un partido, para atraer la juventud á su seno!

Los directores nacionalistas, están obligados á contemplar esos dos elementos señalados. Hacer

política, pensando solo en el presente, es un extravío. La política sabia consiste en trabajar en el hoy, empeñándose por robustecer la acción que el ideal defendido debe ejercer en el mañana.

Yo no sé como se recibirán las declaraciones contenidas en este folleto. No me importa ni necesito saberlo. Creo que todo cerebro honrado, no debe detenerse jamás, al emitir sus ideas, en aquilatar un solo instante si ellas alhagan pasiones ó han de conquistar aplausos. La conciencia es el único juez encargado de fallar el asunto, en instancia inapelable. Y bien: mi conciencia me dice que con esta actitud defiendo á la República y al partido: la patria y los principios. Eso me basta!

INDICE

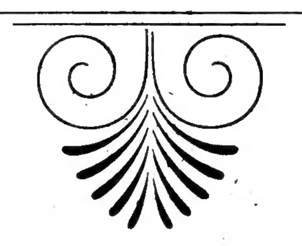


DEL MISMO AUTOR.

(EN PRENSA)

CUESTIONES SOCIOLÓGICAS — LUCHA CONTRA LA CRIMINALIDAD INFANTIL. — Con prólogo del Catedrático de Derecho Penal, Dr. D. José Irureta Goyena.

CONFERENCIAS Y DISCURSOS.



Tipografía Uruguaya, calle Buenos Aires 155